

**CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA
(CELADE)**

**LA POBLACION DEL ISTMO CENTROAMERICANO EN EL UMBRAL DEL SIGLO XXI:
DIMENSIONES, DESAFIOS Y POTENCIALIDADES.**

* Documento de referencia sometido a la IX Cumbre Presidencial del Istmo Centroamericano sobre Desarrollo Humano, Infancia y Juventud. Tegucigalpa, Honduras, diciembre de 1991.

CELADE - SISTEMA DOCPAL
DOCUMENTACION
SOBRE POBLACION EN
AMERICA LATINA

Indice

Presentación		
1.	El contexto económico y social: expansión, crisis y desafíos	1
2.	Signos básicos de la dinámica demográfica	3
3.	Una región en proceso de transición demográfica	6
4.	De un vigoroso rejuvenecimiento a un gradual envejecimiento	10
5.	Una intensa movilidad y una creciente urbanización	13
6.	La inexcusablemente elevada mortalidad infantil	18
7.	La heterogeneidad socioespacial de la dinámica demográfica	20
8.	Dinámica demográfica en el contexto de la pobreza	24
9.	Algunos retos a ser encarados por Centroamérica al concluir el siglo XX	27
	Referencias bibliográficas	38
	Anexos estadísticos y gráficos	43

Presentación.

Durante la segunda mitad del siglo XX el Istmo Centroamericano ha experimentado drásticos cambios demográficos. A lo largo de los 40 años transcurridos desde 1950, los habitantes de la región se multiplicaron aceleradamente, aunque con un vigor que ha ido atenuándose. Por efecto de estas tendencias, la importancia relativa de niños, jóvenes, adultos y ancianos ha ido variando. Además de la importancia demográfica que les es inherente, estas alteraciones de las estructuras por edad ejercen repercusiones directas sobre la composición global de los requerimientos y las potencialidades que entraña todo conjunto humano. Tales efectos se han visto complementados por el movimiento de las personas a través de los territorios, ocupando nuevos espacios rurales, incrementando la densidad de otros, engrosando ciertas localidades urbanas y limitando la extensión de otras. Movimientos de enorme importancia han desbordado las fronteras nacionales, y lo han hecho de una manera que prácticamente no encuentra precedentes en la historia republicana. Pero estos cambios no se han procesado de un modo uniforme; sus estilos de desenvolvimiento han sido heterogéneos, reconociendo distingos según países, áreas de residencia, grupos sociales, conjuntos étnicos y género. Tal diversidad de comportamientos no puede ser imputada únicamente a circunstancias demográficas; sus determinaciones son más profundas y habrá que buscarlas en la heterogeneidad económica, social, política y cultural que distingue a la región.

Si bien los antecedentes disponibles proporcionan indicios de lo que con cierta probabilidad será la situación demográfica prevaleciente en el último decenio del siglo XX, son múltiples las incógnitas respecto de cómo las sociedades nacionales actuarán respecto de ella. Ciertamente, habrá que enfrentar numerosos problemas, muchos de los cuales ya son parte de la realidad cotidiana de los países; otros se encuentran asociados con las perspectivas demográficas, cuyo conocimiento se torna necesario a fin de explorar los eventuales efectos que ellas entrañan. Pero la población no ha de ser entendido apenas como una fuente de problemas. También deberá tenerse clara conciencia de que en ella radican las reales potencialidades del Istmo; una adecuada valoración de estas últimas contribuirá a que se abra un abanico de opciones ante el enorme desafío de construir un mañana cercano en medio de la urgencia del hoy. Resulta literalmente imposible concebir una transformación productiva, o avanzar hacia un mayor grado de desarrollo humano, sin una explícita consideración de la población que es, a la vez, la base de aquellos objetivos y la destinataria final de los frutos que de pare su consecución.

En un intento por hacer explícitas las expresiones de cambio de las poblaciones centroamericanas, y procurando indicar algunas de sus complejas interrelaciones con el proceso de desarrollo, el Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE), dependencia especializada de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, ha elaborado este documento. Luego de una apretada reseña sobre la evolución económica y social, en cuyo contexto se delinearón las tendencias de la población, se abordan diversas facetas de la dinámica demográfica, destacando sus ritmos, modificaciones y diferencias. Dos acápites se dedican a dos temas de carácter imprescindible, la elevada mortalidad infantil y las características sociodemográficas vinculadas con la pobreza. La exposición se cierra con unas notas en las que se pretende ilustrar posibles repercusiones sociales y económicas del cambio de las poblaciones del Istmo.

1. El contexto económico y social: expansión, crisis y desafíos.

Una serie de atributos comunes (mercados relativamente reducidos, escaso grado de diversificación de las estructuras productivas, fuerte apertura externa), que se han perfilado a través de similares trayectorias históricas, confieren a las economías de la región centroamericana ciertos sellos distintivos en el ámbito mundial. El reconocimiento de tales semejanzas no impide advertir, en todo caso, la vigencia de las individualidades nacionales. Los estilos de desarrollo por los que han optado los países y las características de las estrategias sociales que han puesto en práctica constituyen elementos diferenciadores.

Durante el período de posguerra y hasta mediados de los años sesenta, Centroamérica conoció una expansión económica sin precedentes, como lo reflejan las elevadas tasas de crecimiento del producto interno bruto (PIB). Aún más, pese al vigoroso ritmo de aumento demográfico, en la década de los sesenta el PIB per cápita se incrementó a razón del 3 por ciento anual. La favorable evolución de las exportaciones de bienes básicos, el impulso del esfuerzo sustitutivo de importaciones, el fortalecimiento de la agroindustria y la intensificación del intercambio intrarregional, se encuentran entre los factores que contribuyeron a sustentar este dinamismo económico hasta la segunda mitad de los años setenta. Si bien la experiencia descrita se hizo sentir en la totalidad de la región, Costa Rica, Panamá y Guatemala obtuvieron los mayores avances, alcanzando un más alto grado de desarrollo relativo en el concierto centroamericano. Los demás países, en cambio, presentaron cierto rezago; pese a los considerables aumentos de los respectivos productos, la inestabilidad que caracterizó a la conducción de sus políticas económicas se constituyó en agente causal de importantes fluctuaciones y contramarchas.

La etapa de expansión iniciada en la década de los cincuenta se distinguió por una gradual modernización y diversificación de las estructuras productivas nacionales. Pero, como esta transformación fue esencialmente heterogénea y altamente dependiente respecto de las relaciones con las economías centrales, continuaron imperando las condiciones de vulnerabilidad ante los avatares de los términos de intercambio y las decisiones de inversión adoptadas por los países industrializados. Aunque se produjo un paulatino -a veces, súbito- desplazamiento del eje de la economía desde el sector primario hacia el terciario, esta transferencia ocurrió sin que se registrase una instancia genuina de industrialización. Tras el drástico descenso de la contribución de las ramas agropecuarias sobrevino un sustancial ascenso del aporte del terciario, mientras que la industria mostró un escaso incremento. Panamá representa una suerte de arquetipo de aquella transición; beneficiándose de su estratégica posición respecto de las corrientes comerciales del continente americano, las actividades de servicios llegaron a constituir cerca de las tres cuartas partes del PIB en 1989. Pero el caso panameño no es del todo excepcional; en los países restantes el sector terciario se elevó hasta representar alrededor de la mitad del PIB.

No obstante lo impetuoso de esta terciarización, las actividades agroextractivas

continuaron detentando una posición predominante en cuanto a absorción laboral. Así ocurrió en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Este comportamiento refleja las insuficiencias estructurales de la transformación a la que se ha aludido; en efecto, el crecimiento, la modernización y la relativa diversificación no parecieran haber sido capaces de garantizar una efectiva inserción productiva de la mano de obra disponible, ni de brindar beneficios reales al grueso de la población, ya que, como se deduce de diversos indicadores, las condiciones materiales de vida no experimentaron mayores progresos. Los síntomas señalados sugerirían que, lejos de atenuarse, la heterogeneidad social y económica se habría agudizado durante la etapa de expansión, sirviendo de prólogo a un período de profunda crisis. Al concluir la década de los setenta el largo ciclo de crecimiento tocó su fin. La región no sólo se sumió en una severa recesión económica, sino que resultó también convulsionada por la generalización de los conflictos sociales y políticos, lo que implicó una espiral de violencia, especialmente en Guatemala, El Salvador y Nicaragua.

El gasto y la inversión públicos, que habían desempeñado un papel incentivador del crecimiento económico, devinieron, al cerrarse la década de los setenta, en fuente de déficits fiscales y presiones inflacionarias; todo ello acaecía en un contexto global dentro del cual las altas tasas de interés del mercado internacional se dejaban caer sobre las endeudadas naciones centroamericanas. Como expresión de la intensidad de esta crisis, los niveles de vida de la población sufrieron descensos reales; los ingresos medios en los años ochenta tuvieron un retroceso de no menos de un decenio, simbolizando una pérdida histórica neta, coincidente con lo que la CEPAL, en relación al total de América Latina, ha denominado "la década perdida" para el desarrollo (CEPAL, 1985; CEPAL, 1989). Numerosos signos de esta crisis económica y social se perciben en el área del empleo. La desocupación alcanzó a niveles tan elevados que afectó directamente a no menos del 15 por ciento de la fuerza de trabajo centroamericana. A ello se sumó la incidencia del subempleo crónico, involucrando al 25 por ciento de la mano de obra regional. Estas cifras permiten describir la situación media imperante en Centroamérica durante la mayor parte de los años ochenta. Más severas aún han sido las condiciones prevalecientes en algunos de los países, situación que es también revelada por la drástica reducción de los salarios mínimos reales durante la década de los ochenta. Pero, en estricto rigor, la crisis no hizo más que develar una de las insuficiencias del proceso de transformación precedente, el que apenas permitió generar un exiguo número de puestos de trabajo en actividades modernas de base urbana y mayor productividad, dando lugar a una fuerte expansión del llamado sector informal.

Otros indicadores de la crisis constituyen también un testimonio de la desfavorable herencia legada por aquel incompleto proceso de modernización. Si bien hubo esfuerzos de redistribución de los beneficios generados, los alcances de los mismos fueron francamente limitados, como lo revelan los modestos avances en educación, salud y otros sectores sociales. La escasa eficacia de las acciones con las que se procuró irradiar los frutos del avance material es puesta de manifiesto por la incapacidad para paliar las condiciones de pobreza en las que se sume una fracción mayoritaria de la población regional. Hacia mediados de los años

ochenta, 6 de cada 10 hogares urbanos de Guatemala y Honduras se encontraban bajo la línea de la pobreza, situación que era compartida por el 80 por ciento de los hogares rurales guatemaltecos y el 74 por ciento de los hondureños; incluso en Costa Rica, uno de los países con mayor desarrollo relativo en Centroamérica y una más larga tradición de equidad social, un estudio similar mostraba que la pobreza afectaba a más de la cuarta parte de los hogares nacionales; en El Salvador la prevalencia de estas condiciones era todavía más generalizada que en el resto de la región, implicando casi 9 de cada 10 hogares (CEPAL, 1990).

Todos los antecedentes disponibles señalan que el agravamiento de la crisis, con su secuela de impactos sobre el empleo y los ingresos y sus efectos de retracción de las políticas sociales, ha repercutido con singular fuerza sobre los estratos pobres. Pero, como esos mismos síntomas parecen sugerirlo, las raíces de esta situación poseen una indiscutible profundidad histórica. De este modo, una dura lección que puede extraerse de la evolución económica y social de la región centroamericana durante la posguerra es que la crisis que se ha cernido sobre ella ha sido básicamente un factor precipitante de carencias e inequidades que fueron desatendidas en los momentos en que las condiciones económicas habrían permitido atenuarlas. Al dejar en evidencia las insuficiencias y desigualdades preexistentes, la crisis se constituyó en un marco estructural dentro del cual la región se vio precipitada hacia tensiones sociales y políticas, alcanzando dramáticas manifestaciones a través de conflictos armados de gran envergadura. Se estima que, luego de poco más de una década, más de dos y medio millones de personas han quedado relegadas a la condición de desplazados y refugiados y que alrededor de 300 mil han perdido la vida como resultado de una lucha fratricida que recién, al iniciarse los años noventa, pareciera haber comenzado a amainar (Informe Sanford, 1989). Aunque bajo condiciones diferentes, todos los países de la región han debido encarar indicios manifiestos de una catástrofe social, combinando una clara involución económica con una virtual descomposición de las instituciones políticas.

Tales circunstancias revelan la inmensidad de los desafíos a ser encarados por los pueblos centroamericanos en el cumplimiento de sus propósitos de proyectarse hacia el tercer milenio dentro de una senda de desarrollo. Se trata de una tarea que posee múltiples dimensiones. Será preciso transitar hacia formas de convivencia pacífica mediante la búsqueda de genuinos estilos democráticos de conducción política, articulando consensos en torno a las prioridades de acción. Será también necesario poner en marcha estrategias que permitan redefinir el papel de las estructuras productivas, potenciando las capacidades internas y utilizando eficazmente los parámetros dentro de los cuales se desenvuelve el intercambio internacional. Pero, tal vez, la opción histórica fundamental sea la de caminar dentro de un ambiente social que garantice una real equidad a través de la efectiva integración de las grandes mayorías a los procesos decisivos que atañen a su porvenir.

2. Signos básicos del dinamismo demográfico.

Hacia 1950 los habitantes de las seis repúblicas de la región sumaban poco más de 9

millones. De ese total, un tercio vivía en Guatemala, algo más de un quinto en El Salvador, un 15 por ciento en Honduras, otro 12 por ciento en Nicaragua y el 18 por ciento restante se distribuía, en proporciones similares, entre Costa Rica y Panamá. Cuarenta años después, en 1990, la población regional se había más que triplicado, aproximándose a 29 millones de personas. Aunque el ordenamiento de los países según la magnitud absoluta de su población se mantuvo a lo largo de los 40 años considerados, las contribuciones mayores al incremento demográfico fueron proporcionadas por Honduras, Nicaragua y Costa Rica; a su vez, El Salvador, Panamá y, en menor grado, Guatemala, experimentaron una merma en su participación relativa dentro del conjunto demográfico centroamericano.

El ritmo de incremento de la población centroamericana ha sido uno de los más elevados del mundo, alcanzando una tasa media anual de crecimiento del 29 por mil entre 1950 y 1990; sin embargo, como se indicará más adelante, este aumento no fue homogéneo a lo largo del período. A raíz de esta multiplicación acelerada, la **densidad** de la población regional ascendió de 18 a 58 habitantes por km² entre 1950 y 1990. Dentro del grupo, El Salvador ha presentado la más alta densidad demográfica entre los países centroamericanos, con un valor cercano a las 250 personas por km² en 1990, o más de cuatro veces el promedio regional. En el otro extremo, Nicaragua y Panamá exhiben las menores cantidades de habitantes por unidad de superficie, con alrededor de 30 habitantes por km² en 1990.

Al analizar la dinámica de cambio demográfico es necesario hacer referencia a la evolución de los parámetros de cambio definidos por el crecimiento natural y el migratorio. Con excepción de Panamá, los países de la región compartían niveles de **natalidad** excepcionalmente elevados en 1950, como se deduce de sus tasas brutas (TBN) de 48 a 54 nacimientos anuales por cada mil habitantes; estos indicadores se mantuvieron prácticamente constantes hasta mediados de la década de los sesenta cuando comenzó a insinuarse, con intensidades diferentes, una tendencia a la baja en todos los países. Como resultado, las TBN observables en el quinquenio final de los ochenta se situaban dentro de un amplio rango que, abarcando desde valores moderados a otros todavía altos, se reducía al 27 por mil en Panamá y al 28 por mil en Costa Rica y se empinaba al 40 ó 42 por mil en Nicaragua, Guatemala y Honduras, dejando en medio a El Salvador, con el 36 por mil. Estas cifras sugieren el desencadenamiento de un ritmo descendente en los niveles reproductivos de la población, aunque el mismo pareciera ser todavía incipiente en los tres casos nacionales con mayores TBN.

Debido a la disminución de la incidencia de algunas patologías, principalmente de índole infecto-contagiosa y susceptibles de control mediante inmunización y otras técnicas de salud de bajo costo, la **mortalidad** ha ido perdiendo su intensidad. La tasa bruta pertinente (TBM) revela este signo descendente, aunque el mismo se ha visto acentuado por efecto de la alta representación demográfica de las cohortes jóvenes menos expuestas al riesgo de afecciones letales. En 1950 la TBM oscilaba entre el 13 por mil, en Costa Rica y Panamá, y el 20 a 23 por mil, en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Hacia 1990 el promedio

regional había disminuido a menos de la mitad del valor observado cuarenta años antes, reduciéndose a tan sólo 4 ó 5 por mil en Costa Rica y Panamá y a 8 ó 9 por mil en los otros cuatro países. Esta evolución permite sugerir que, no obstante haber logrado innegables progresos en la lucha contra la muerte, las cifras ilustran acerca de la existencia de un espacio todavía amplio de maniobra para reducir la incidencia de la mortalidad.

Hasta los años sesenta la migración internacional tenía escasa significación como componente de la dinámica demográfica de América Central; aunque el saldo migratorio neto del conjunto de países era negativo, su tasa apenas llegaba a -0.33 por mil. En particular, los movimientos de población a través de las fronteras de las naciones vecinas, comunes a lo largo de la historia centroamericana, sólo representaban una porción pequeña del total de habitantes; así, en la década de los cincuenta se destacaban las corrientes de salvadoreños hacia Honduras y de nicaragüenses hacia Costa Rica, además de las reducidas tensiones emigratorias de Panamá. A fines de los sesenta el fenómeno se acentuó, adquiriendo notabilidad el retorno de población salvadoreña desde Honduras, motivado por el breve episodio bélico entre ambos países, así como el aumento de la emigración desde Guatemala. Al promediar los años setenta, a raíz del escalonamiento de los conflictos en Guatemala, Nicaragua y El Salvador, y de la agudización de la crisis económica, la región entera fue sacudida por grandes desplazamientos forzosos. Aquellos tres países asumieron una nítida condición expulsora de población, en tanto Costa Rica se tornó receptora de algunos de los mayores flujos. Según estimaciones bastante conservadoras, entre 1970 y 1985, no menos de un millón de centroamericanos se habrían visto en la necesidad de abandonar sus países (CELADE, 1989).

La región como un todo ha sufrido una franca erosión demográfica por causa de la migración internacional; así, en la primera mitad de los años setenta, el saldo neto negativo del conjunto de los países resultó equivalente al 10 por ciento del incremento natural de la población regional, relación que se elevó al 14 por ciento en los primeros años de los ochenta. Indicios de cuán reciente ha sido este aumento de la emigración se perciben en los datos censales de algunos países, no obstante que los mismos normalmente se refieren sólo a los migrantes que tienen su documentación en regla. Así, el censo de 1980 de los Estados Unidos registró un número de nativos centroamericanos que triplica aquel que fuera empadronado sólo diez años antes. De modo similar, entre 1973 y 1984 se duplicó la cantidad de nativos de otros países de América Central presentes en Costa Rica (CELADE, 1989). Pareciera indudable que esta fuerte intensificación de la migración a través de las fronteras nacionales, tanto dentro de la región como hacia el exterior de la misma, está estrechamente interrelacionada con el deterioro de la situación económica y sociopolítica. El reconocimiento de esta vinculación y la percepción de los problemas inherentes a tan masivos desplazamientos se han constituido en puntos reiterados de la agenda de problemas que afectan a Centroamérica. Sin embargo, debe tenerse presente que, pese a los importantes esfuerzos realizados por superar las lagunas de información, el tema es aún insuficientemente conocido y sus evidencias empíricas son apenas fragmentarias.

Según las proyecciones actualmente vigentes, la población de Centroamérica ascenderá a cerca de 38 millones en el año 2000. Esto implica que a lo largo del último decenio del siglo XX se generará un incremento demográfico neto de unos 9 millones de personas, cantidad similar al total de habitantes regionales en 1950. Debido a su más rápido crecimiento, Nicaragua, Honduras y Guatemala incrementarán su peso relativo dentro del conjunto. A su vez, la densidad media de la región se acercará a 76 habitantes por km² y en El Salvador alcanzará a 320 personas por km². Un aspecto interesante del crecimiento que se espera ocurra en la década de los noventa es el de la velocidad de renovación de los efectivos. Así, aunque se estima que un 93 por ciento de quienes conformaban la población centroamericana en 1990 sobrevivirá hasta el término del siglo, ellos constituirán sólo el 71 por ciento del total de los residentes en la región. Tal dinamismo, propio de una población cuya estructura es todavía bastante joven, pone en evidencia el ritmo relativamente elevado que seguirá exhibiendo el crecimiento demográfico centroamericano.

Como resultado de la brecha entre sus tasas vitales, TBN y TBM, Centroamérica continuará siendo una de las regiones de más intenso incremento de población en el mundo durante los años finales del siglo, cuando su tasa de aumento implique la potencial duplicación en el número de sus habitantes dentro de un lapso todavía inferior a los 40 años. Sin embargo, ese dinamismo tenderá hacia una cada vez más nítida atenuación. Este comportamiento se deriva del sesgo descendente de la TBN, cuyo valor promedio llegará al 33 por mil en el último quinquenio de la década de los noventa, ubicándose en torno al 23 por mil en Panamá y Costa Rica y en alrededor del 34 al 36 por mil en los países restantes. Por su parte, la TBM proseguirá su rumbo declinante en El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, países en los que se espera que en el quinquenio 1995 y 2000 quede reducida al 6 ó 7 por mil; en cambio, debido al gradual impulso hacia un relativo envejecimiento de la población, las TBM de Costa Rica y Panamá experimentarán una ligera tensión ascendente. Finalmente, se espera que, por efecto de los procesos de recuperación económica y de concertación política, las tasas de migración neta negativas tiendan hacia cifras progresivamente menores. En promedio, la tasa de crecimiento demográfico regional descenderá desde el 27 al 26 por mil entre el comienzo y el fin de la década de los noventa.

3. Una región en proceso de transición demográfica.

Las manifestaciones de los indicadores mencionados apuntan hacia un tránsito desde una situación inicial de altos niveles de natalidad y mortalidad, dejando entre sí unas tasas particularmente elevadas de crecimiento demográfico, hacia otra de paulatina declinación en el ritmo de aumento, motivado tanto por el descenso en la natalidad como por los efectos de la emigración. Entre 1950 y 1990, América Central habría iniciado, por lo tanto, un proceso de transición demográfica, que se expresa en el surgimiento de una tendencia hacia ritmos cada vez menos intensos de crecimiento de la población. Ciertamente, como se deduce de la información disponible, tal proceso no se ha estado desarrollando de modo idéntico ni con igual ímpetu en la totalidad de los países. De un modo un tanto sintético, podría reconocerse

una situación dual: en un extremo, Panamá y Costa Rica, con indicadores de natalidad que han llegado a valores moderados y con cotas bastante bajas de mortalidad, que resultan acentuadas por sus poblaciones estructuralmente juveniles; en el otro polo se encuentran El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, cuyas tasas vitales todavía revelan niveles relativamente altos. Debido a sus peculiares características, el caso salvadoreño podría situarse en una posición intermedia dentro del conjunto regional.

Un modo más apropiado de inspeccionar las tendencias del cambio demográfico consiste en analizar las modificaciones experimentadas por la fecundidad y la mortalidad a través de indicadores que, siendo más refinados, no están expuestos a sufrir distorsiones por efecto de las estructuras demográficas. En tal sentido es importante advertir que de los componentes del cambio de población, el que ejerce un más decidido impacto sobre su incremento, composición y estructura, es la fecundidad. Al respecto se dispone de la **tasa global de fecundidad (TGF)**, que indica el número de hijos que, en promedio, tendría una integrante de una cohorte hipotética de mujeres que durante el período fértil tuvieran sus hijos de acuerdo a las tasas de fecundidad por edad de la población en estudio y no estuvieran expuestas a riesgos de muerte desde el nacimiento hasta el término del período fértil. En la región como un todo, la TGF se ubicaba en un valor cercano a 7 entre 1950 y el primer quinquenio de los años sesenta, posteriormente el indicador comenzó a aminorarse, llegando a 5 hacia 1990; es decir, en promedio, el número de hijos por mujer disminuyó en dos a lo largo de esos 40 años; sin embargo, el valor obtenido en 1990 resulta ser mayor en casi 1.5 hijos al promedio de América Latina. Durante el último quinquenio del siglo XX se espera que la TGF de Centroamérica se reduzca en otro hijo y se aproxime a 4, en aquel entonces el promedio latinoamericano se acercará a 3. Como se ha sostenido reiteradamente, América Central es heterogénea y es preciso considerar sus tendencias a partir del reconocimiento de sus especificidades.

Panamá y Costa Rica han presentado bastantes similitudes en cuanto a la trayectoria descrita por sus TGF a lo largo del tiempo. Aun cuando los valores de los respectivos indicadores nacionales han sido diferentes, en ambos casos la fecundidad aumentó entre 1950 y el inicio de los años sesenta para luego iniciar un veloz descenso. En el quinquenio 1955-1960 la TGF de Panamá se acercaba a 6 hijos por mujer, mientras que la de Costa Rica se empujaba por encima de 7; en cambio, hacia 1990 el indicador de los dos países se ubicaba en torno a 3, lo que revela una disminución del orden del 50 por ciento o más. Menos dinámico ha sido el proceso en El Salvador, cuya TGF se mantuvo bastante por arriba de 6 hasta la primera mitad de los años setenta, descendiendo luego a 4.7 alrededor de 1990. En Honduras y Nicaragua la fecundidad llegó a los valores más altos de la región; el número medio de hijos por mujer siguió siendo cercano a 7 todavía a inicios de la década de los setenta, cuando comenzó a declinar lentamente hasta ubicarse en 5.3 hijos por mujer hacia 1990. Por último, Guatemala se presenta como el único caso en el que la TGF ha disminuido sostenidamente durante los 40 años posteriores a 1950, aunque lo ha hecho a un ritmo tan exiguo que hacia 1990 ostentaba el indicador más alto de Centroamérica, con 5.6 hijos por

mujer.

Resulta complejo determinar las líneas de causalidad que han servido de sustento a este generalizado, aunque desigual, proceso de declinación de la fecundidad en los países centroamericanos. Diversos factores interrelacionados han intervenido, sea de modo directo o por vías indirectas, y a veces operando como agentes auxiliares, en la configuración de un síndrome de cambio en las normas sociales que se asocian con la conducta reproductiva (CEPAL, 1984; Urzúa, 1979). Son múltiples los planos sobre los que se han desplegado las fuerzas de determinación. Si bien es innegable que las condiciones materiales de vida han tenido un cierto impacto, su influencia ha sido ejercida a través de factores intermedios, tales como aquellas que afectan el significado económico y social de la familia en tanto unidad de producción y consumo, los patrones de nupcialidad, la atenuación de la mortalidad infantil, la radicación en un medio urbano, el incremento del nivel de educación o la inserción laboral femenina. Estos elementos, habitualmente combinados entre ellos, han presionado sobre los sistemas de valores, revirtiendo sobre las relaciones dentro de la pareja, la percepción del papel de la mujer en la familia y la sociedad, las aspiraciones respecto del tamaño deseado de familia. Por último, el recurso de la anticoncepción, como respuesta a un cambio conductual, ha sido un factor que ha permitido la materialización de las decisiones sobre tener o no (más) hijos.

Una vez desencadenados los cambios en el comportamiento reproductivo, los mismos seguirán vigentes, aunque con disímiles ritmos entre los diversos estratos sociales y contextos de residencia que se definen dentro de cada sociedad particular, como se considera más adelante. En todo caso, según las proyecciones de población, se espera que durante el último quinquenio del siglo XX el número medio de hijos por mujer sea sustancialmente menor que el registrado hasta los años setenta. Guatemala, manteniendo el débil ritmo de descenso observado en los 40 años anteriores a 1990, seguirá presentando la TGF más elevada, alcanzando un valor levemente inferior a 5 en el año 2000; por ese entonces, se estima que el número medio de hijos por mujer en El Salvador, Honduras y Nicaragua, oscilará entre 4.2 y 4.5; por último, en Panamá y Costa Rica la TGF se ubicará por debajo de los 3 hijos, revelando una mayor profundidad de las modificaciones en el comportamiento reproductivo.

Mediante la esperanza de vida al nacer (EVN) se puede considerar la evolución del nivel de mortalidad de la población; este indicador señala el número medio de años de vida que alcanzaría un recién nacido expuesto, durante su vida, a las condiciones de mortalidad por edad prevalecientes en el momento de referencia. Alrededor de 1950 sólo Costa Rica y Panamá, exhibían una EVN superior a 55 años; 40 años después, son los únicos en los que la EVN excede de 70 años. Aunque en los demás países de la región se han conseguido ganancias brutas todavía mayores ya que, salvo en El Salvador, en ellos la EVN ha aumentado más de 20 años dentro de los cuatro decenios, todavía en 1990 las expectativas de vida al nacer se situaban, en 1990, en torno a los 64 años. Es decir, como en el caso de la fecundidad, la brecha intrarregional en materia de mortalidad se ha mantenido a lo largo del tiempo. Al

respecto cabe efectuar un par de observaciones. Primeramente, como es comprensible, los incrementos de la EVN se tornan cada vez más difíciles cuando se llega a niveles como los de Costa Rica y Panamá, dado que los progresos dependen fundamentalmente de acciones de salud propias de patologías que demandan onerosos tratamientos curativos y atención hospitalaria. En segundo lugar, debe tenerse presente que gran parte de las ganancias obtenidas por los otros cuatro países de la región se consiguieron mediante el combate de enfermedades infecto-contagiosas a través de medidas de tipo preventivo de bajo costo, como las inmunizaciones, el control de vectores y algunas formas de saneamiento ambiental; por lo demás, una vez superados los 60 años de EVN los avances en estas naciones han sido bastante más reducidos que en décadas pasadas pese a que los niveles que ostentan en 1990 todavía se encuentran por debajo del promedio latinoamericano que es de poco más de 67 años.

Hacia el año 2000, según las proyecciones de población, la EVN de la población centroamericana alcanzará los 70 años; aun cuando la brecha intrarregional seguirá vigente, su amplitud se atenuará. De este modo, mientras la expectativa de vida de un costarricense medio se acercará a los 76 años y la de un panameño se aproximará a los 74, en todos los demás países el indicador se ubicará algo más abajo que el valor medio regional. Por otra parte, como es sabido, es corriente que en una población "normal" la EVN muestre valores algo superiores entre las mujeres; Centroamérica no es una excepción. Esta diferencia según género, que era de unos 2 años en la década de los cincuenta, ha ido acrecentándose a medida que se ha elevado la magnitud del indicador, esperándose que al concluir el siglo la EVN femenina sea unos 5 años mayor que la masculina en el conjunto de la región. Debe añadirse, finalmente, que, tal como se señalara con relación a la fecundidad, las condiciones de mortalidad difieren considerablemente entre los estratos sociales y las áreas de residencia identificables dentro de los países, asunto que se abordará más adelante.

Con los antecedentes relativos a la evolución de la TGF y la EVN es posible reiterar lo ya apuntado respecto del proceso de transición que la región ha experimentado a lo largo de los 40 años posteriores a 1950. En efecto, ambos indicadores muestran tendencias claras hacia una paulatina disminución de los niveles de fecundidad y mortalidad. Del mismo modo, la imagen dual de la región, sobre la que se comentase anteriormente, emerge con bastante nitidez. De un lado, Costa Rica y Panamá revelan una declinación de sus niveles de reproducción que es notoriamente superior a lo registrado por el promedio regional; a la vez, ambos países han conseguido significativas ganancias respecto de la preservación de la vida de sus habitantes. De otro, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua, exhiben unos ritmos de declinación menos veloces de sus TGF, a la vez que evidentes rezagos relativos en cuanto a la mortalidad. Si bien estos elementos parecerían indicar la existencia de diferentes instancias de un mismo proceso de transición demográfica conducente hacia unas menores intensidades de crecimiento natural, resulta indudable que los patrones de cambio corresponden al fruto de las desiguales modalidades de estructuración económica, social y cultural de las distintas formaciones nacionales que se han definido en el contexto geográfico centroamericano.

4. De un vigoroso rejuvenecimiento a un gradual envejecimiento.

Si la explicación de las determinaciones del cambio de población implica explorar las redes de relaciones entre procesos demográficos, económicos, sociales, políticos y culturales, una evaluación de las repercusiones de la dinámica demográfica demandaría aún más extensos ejercicios de identificación de líneas de causalidad. Un modo de aproximarse a este tema, sin adentrarse en un análisis de tal complejidad, consiste en deducir los efectos de las modalidades de transición demográfica mediante una inspección de los cambios en la estructura por edades de la población. La forma de distribución de los habitantes de un país (o de algún subconjunto del mismo) entre las diferentes edades representa todo un itinerario de requerimientos y potencialidades respecto de la generación y distribución de bienes y servicios. La configuración del conjunto de requerimientos y potencialidades, que se presentan diferenciadamente a lo largo de la vida de las personas, puede representarse por una suerte de pirámide que, confrontada con otra que ilustre la distribución por edades de una población, permitiría discernir el tipo (y la cuantía) de los esfuerzos que una sociedad habría de desplegar en el cumplimiento de su propósito de satisfacer las necesidades de sus integrantes y de garantizar el empleo de las capacidades de los mismos. Aunque este enfoque analítico posee un carácter teórico, las consideraciones en las que se basa sirven para resaltar la gran importancia que tiene el conocimiento de la forma en que cambia la estructura etaria de una población.

Un indicador sintético de los cambios en la estructura básica de la población es la **edad mediana** de la misma, o edad bajo la cual se ubica el 50 por ciento de las personas. En el caso de Centroamérica, a raíz del aumento de la fecundidad ocurrido en los años cincuenta e inicios de los sesenta y del simultáneo descenso de la mortalidad, el crecimiento demográfico natural se intensificó, motivando un rejuvenecimiento de la población, cuya edad mediana disminuyó de 18.2 a 16.6 años entre 1950 y 1965. Es decir, se ensanchó la base de la pirámide demográfica, aumentando el peso relativo de los niños dentro de la estructura total. Algunos años más tarde, a contar de fines de los sesenta, ese impulso rejuvenecedor comenzó a ser contrarrestado por el ritmo descendente que adoptó la fecundidad y, no obstante que la mortalidad continuó disminuyendo, hacia 1990 la edad mediana se aproximaba a los 18 años. En otros términos, mientras que en los 15 ó 20 años posteriores a 1950 la región experimentó un vigoroso rejuvenecimiento, en el período siguiente ha ido desenvolviéndose un cierto sesgo que preludia una paulatina, aunque sostenida, tendencia hacia el envejecimiento de la población. No obstante que cada vez se hará más nítida esta dirección del cambio en la estructura etaria, la población regional, como fruto de una tasa de crecimiento natural aún elevada, que se situará alrededor del 27 por mil en los años noventa, conservará su perfil juvenil por largo tiempo. Así, la edad mediana proyectada hacia el año 2000 será aún menor de 20 años.

Cambios como los mencionados poseen repercusiones que no deben pasar desapercibidas. El movimiento progresivo en el sentido de un rejuvenecimiento o de un

envejecimiento ejerce una incidencia directa sobre la cantidad de personas que conforman contingentes asociados con requerimientos y potencialidades específicos. Así acontece con la delimitación del número de efectivos en edad escolar, de trabajar o de retirarse de la vida laboral, así como con la proporción de mujeres en edad fértil. Sin embargo, es conveniente recalcar que las alteraciones más importantes en el peso relativo de estos grupos no se evidencian dentro de períodos de tiempo reducidos; en realidad, la mayoría de los impactos derivados de los giros en el rumbo de las variables demográficas básicas, salvo en lo que atañe a la migración, se percibe a plazos relativamente extensos. Existe, sin duda, una cierta forma de inercia demográfica, la cual se manifiesta en efectos de rezago, o de postergación, de las repercusiones que la evolución de los componentes de la dinámica de la población tienen sobre la estructura por edad de la misma. De este modo, una disminución en los niveles de la fecundidad ejercerá un impacto sobre la cantidad de niños en edad escolar sólo después de que las cohortes de mujeres en edad fértil comiencen a aminorarse, lo cual, dependiendo del ritmo e intensidad con que ocurra ese descenso, podrá acaecer dentro del plazo de una o más generaciones; ha de tenerse presente que, aunque disminuya el número medio de hijos por mujer, la cantidad total de descendientes podrá seguir aumentando mientras, como resultado de la fecundidad del pasado, prosiga incrementándose el número de madres potenciales en una población. Análogamente, la incidencia de aquella disminución de la fecundidad sobre la proporción de personas en edad de trabajar comenzará a expresarse una vez transcurridos unos 15 ó 20 años.

En el caso centroamericano, la población pre-escolar, formada por niños de 0 a 4 años, ha sido la más afectada por la disminución de la fecundidad acaecida desde fines de los años sesenta. A pesar de constituir el grupo etario que tuvo un menor crecimiento neto entre 1950 y 1990, su número absoluto se triplicó, incrementándose de 1.6 a 4.7 millones de personas. Como sería de esperar, la evolución que ha seguido esta subpoblación ha sido paralela a la trayectoria de la fecundidad durante el período, aumentando su importancia relativa dentro del total regional entre 1950 y 1970, para luego comenzar a disminuirla lentamente. Si bien en todos los países se reproduce el patrón general, el mismo muestra diferentes intensidades; así, la disminución del peso relativo de los niños a lo largo de los 20 años previos a 1990 fue ostensiblemente más marcada en Costa Rica y Panamá, donde el descenso de la fecundidad ha sido más acentuado y sostenido. Cabe destacar, en todo caso, que en la región como un todo esta declinación relativa de los pre-escolares todavía tiene un carácter incipiente: mientras en 1950 representaban el 17.8 por ciento de la población total, en 1990 constituyeron el 16.3 por ciento de aquel total. Aunque hacia el año 2000 esa participación se aminorará todavía más, esperándose que alcance al 14.8 por ciento de los centroamericanos, su número absoluto será de 5.6 millones.

Simultáneamente con el cambio anotado, se ha verificado un mayor crecimiento de la población en edad escolar (5 a 19 años), la que incrementó sus efectivos entre 1950 y 1990 según un factor de 3.3, aumentando de 3.3 a 11 millones de personas. Este comportamiento está asociado al elevado número de nacimientos ocurridos antes de 1980, época en la cual

todavía no se hacía plenamente manifiesto, o apenas se comenzaba a insinuar, el descenso de la fecundidad en algunos de los países. Dentro del total de la población regional este grupo juvenil aumentó su peso relativo desde el 36.3 al 38.0 por ciento entre 1950 y 1990. Sin embargo, esta participación muestra una tendencia a disminuir, especialmente en las naciones donde la fecundidad empezó a declinar desde más temprano; en Costa Rica, por ejemplo, los jóvenes en edad escolar bajaron desde el 40.6 al 32.5 por ciento de la población en los veinte años previos a 1990. Este ritmo descendente se hará más evidente en la última década del siglo, estimándose que, en el conjunto de la región, constituirán poco más del 36 por ciento del total de los habitantes proyectados en el año 2000, cuando su número se eleve a 13.7 millones.

La población en edad activa (20 a 59 años) aumentó de 3.8 a 11.7 millones de personas entre 1950 y 1990, pero su peso relativo tuvo pocos cambios, ya que, entre ambas fechas, sólo se incrementó del 40.4 al 41.4 por ciento de la población total de Centroamérica. A pesar de lo señalado, cabe anotar que en la mitad de ese período, hacia 1970, aquella proporción había declinado al 38.5 por ciento. En otros términos, mientras la fecundidad se mantuvo constante y hasta creciente, esta subpoblación tendió a aminorar su ponderación, pero cuando aquella variable ingresó a su ciclo de retracción el grupo inició un claro ritmo ascendente. Esta gradual expansión de la proporción de personas en edad de trabajar ha implicado dos tipos de efectos económicos y sociales aparentemente contrapuestos: por un lado, supone crecientes presiones por la generación de empleos; por otro, involucra una gradual disminución en el peso relativo de las personas que no están en edad de trabajar, es decir se tiende a aminorar la magnitud de la relación de dependencia demográfica. Ambos efectos aparecen indicados por los datos centroamericanos posteriores a 1970.

De acuerdo con la experiencia histórica de diversas poblaciones, el contingente de personas en edad de trabajar tiende a incrementar su participación relativa en el total de habitantes después de que la fecundidad se ha mantenido decreciendo por un período relativamente largo. Ciertamente, la intensidad de este efecto será tanto mayor cuanto mayor sea la intensidad de la disminución de los niveles reproductivos. Como se desprende de la información centroamericana, los casos de Costa Rica y Panamá ya insinúan un comportamiento como el descrito. Hacia el futuro, de acuerdo con las proyecciones, esta situación se irá generalizando a través de la región. Esto implicará la necesidad de considerar una demanda cada vez mayor por puestos de trabajo. Así, se ha proyectado que las personas de 20 a 59 años representen un 43 por ciento de la población centroamericana en el año 2000, alcanzando un número absoluto de 13.7 millones de personas. Tales perspectivas darán lugar, simultáneamente, a un desafío y a un potencial para los países de la región. El reto consiste en adoptar las medidas pertinentes para asegurar una efectiva absorción de esta nueva fuerza de trabajo, que se sumará a los contingentes existentes y que, como se comentara anteriormente, se ven afectados por altos índices de subutilización. A su vez, la región se encontrará ante la posibilidad de brindar una adecuada capacitación a este amplio grupo de nuevos trabajadores, especialmente a los más jóvenes, de manera que se les habilite para

utilizar procesos tecnológicos modernos y se les pueda inscribir dentro de áreas de mayor productividad.

Por último, la población en edades pasivas, integrada por las personas de 60 y más años y asociada con requerimientos específicos en materia de prestaciones de seguridad social y de salud curativa, es la que tuvo un mayor crecimiento en el período comprendido entre 1950 y 1990, durante el cual su número absoluto se multiplicó por un factor de cuatro, incrementándose de 411 mil a 1.6 millones de personas. A pesar de este gran aumento, la participación relativa de este grupo dentro de la población total sólo aumentó del 4.5 al 5.4 por ciento a lo largo de aquellos 40 años. Panamá, con una tradición de menor fecundidad, es el único país en el que las personas de la llamada tercera edad han llegado a constituir cerca del 7 por ciento de la población nacional; en Costa Rica, donde la disminución de los niveles reproductivos es más reciente, esa proporción era del 6.4 por ciento en 1990. Dicho grupo es también el que crecerá más rápidamente en el futuro, llegando a un total de 2.2 millones de personas en el año 2000, lo que es equivalente al 6 por ciento de los habitantes que se ha proyectado tendrá Centroamérica en ese año.

En suma, la población centroamericana, que ya era joven en 1950, tendió a rejuvenecerse todavía más hasta avanzada la década de los sesenta. Más tarde, merced al descenso gradual de la fecundidad, este proceso ha sido sustituido por un gradual envejecimiento, que todavía a fines del siglo XX puede calificarse como incipiente. Es decir, luego de una etapa de ensanchamiento de la base de la pirámide ha emergido otra de progresivo adelgazamiento de la misma, generándose, simultáneamente, un leve engrosamiento de los escalones intermedios y altos de aquella estructura. A pesar de lo dicho, resulta preciso destacar que el predominio juvenil es un atributo indesmentible de la realidad demográfica de Centroamérica y que seguirá siéndolo en el futuro cercano. En efecto, el conjunto de niños y jóvenes, o personas con edades inferiores a los 25 años de edad, se elevaba, en 1990, a 18.3 millones de personas, unos 12.5 millones más que en 1950, con lo que constituían un 63.5 por ciento de los centroamericanos. Se trata, ciertamente, de una mayoría francamente incontestable que no sólo demanda servicios de educación y salud, además de ejercer presiones por insertarse en el mundo del trabajo y por participar en el proceso de adopción de decisiones, sino que también representa un elevado potencial vitalizador. Hacia el año 2000 este conjunto se verá incrementado por otras 4.5 millones de personas, con lo cual se mantendrá por encima del 60 por ciento de la población total.

5. Una intensa movilidad y una creciente urbanización.

Tal como sucede con la migración internacional, la movilidad de la población a través de los territorios nacionales constituye un aspecto indisoluble del cambio social, económico, político y cultural de los países centroamericanos. Operando como elemento de refuerzo o de retardo del crecimiento natural, que por sí guarda diferencias entre unos espacios y otros, la migración interna contribuye en forma decisiva a modificar los patrones de distribución de

la población. Pero sus efectos no se reducen sólo a manifestaciones cuantitativas, sino que abarcan también el reparto geográfico de los atributos de que son portadores los migrantes. Se trata, por lo tanto, de la más compleja de las variables demográficas, dificultándose su descripción y, más aún, su explicación. Si bien la heterogeneidad de los espacios socioprodutivos de los países es un antecedente fundamental de las modalidades que comporta el intercambio de población, éste tiende a reproducir, a través de las interrelaciones que connota, aquellas diferencias. Tal diversidad, perceptible tanto en términos de unidades de territorio cuanto respecto de los actores intervinientes, obliga a reconocer una multiplicidad de factores determinantes. Algunos se ubican en un plano estructural, conformando fuerzas que son las responsables últimas de las desigualdades espaciales en el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de los diferentes modelos de organización social. Pero esos factores de determinación actúan también en el plano individual, dentro del cual se encuentran las circunstancias más estrechamente ligadas a la decisión de migrar o de no hacerlo (CELADE, 1988).

Lamentablemente la información disponible acerca de migración interna en Centroamérica es aún escasa y bastante heterogénea. A su vez, los estudios sobre la materia tienden a abarcar sólo dimensiones específicas de la misma. Aunque estas restricciones de conocimiento que complotan contra el propósito de obtener una imagen de carácter general, es posible reseñar ciertos rasgos aparentemente comunes a la migración dentro de los países centroamericanos. Una primera observación es que, a escala de las regiones y divisiones administrativas mayores de los países, las corrientes migratorias se dirigen de preferencia desde las áreas de menor desarrollo relativo, frecuentemente de base agraria y con predominio de formas campesinas o de explotaciones que incorporan técnicas intensivas en capital y han generado redundancia laboral, hacia otras caracterizadas por unas estructuras productivas más diversificadas, donde, por lo común, se localizan los principales núcleos urbanos de los países. No menor importancia revisten los desplazamientos hacia las zonas que suelen denominarse "fronteras internas", o áreas de reciente incorporación productiva, como lo ilustran los ejemplos del Petén en Guatemala, de Bocas del Toro y el Darién en Panamá o de sectores de la vertiente atlántica en Costa Rica y Honduras (Schroten, 1978).

Aunque es habitual que en los análisis sobre migración interna se enfatice la importancia de la corriente de origen rural y destino urbano, resulta indudable que el traslado de la población a través del espacio comprende una gran variedad de formas. Así, por ejemplo, del total de personas que transfirieron su residencia en Honduras entre 1978 y 1983, apenas un 26 por ciento lo hizo desde áreas rurales a urbanas, mientras que otro 28 por ciento se desplazó desde un origen rural a un destino también rural y un 32 por ciento se trasladó entre áreas urbanas; el 14 por ciento restante participó de la corriente urbana-rural (DGEC, CONSUPLANE y CELADE, 1986). Sin perjuicio de que el cambio de residencia representa un requisito de una definición ortodoxa de migración, Centroamérica ha sido, a lo largo de toda su historia, escenario de grandes movimientos territoriales cíclicos y circulatorios, que suelen desbordar las fronteras nacionales y cuya explicación se vincula con la fuerte

estacionalidad en la demanda de fuerza de trabajo en la agricultura. Es probable que la retención de población rural, especialmente en áreas de economía campesina y de agudas condiciones de pobreza, se deba a que estos desplazamientos de mano de obra operan como mecanismos compensadores de las carencias. Importa agregar que, además de los factores de índole económica, la no migración, en situaciones potencialmente expulsoras de población, parece encontrar parte de su explicación en elementos culturales, los que ejercerían un especial impacto entre los grupos indígenas, cuya propensión migratoria suele ser relativamente reducida.

Frecuentemente los estudios sobre la migración interna en los países centroamericanos aluden a las características individuales de los migrantes. Por lo común, predominan los adultos jóvenes (de 15 a 34 años), que cuentan con un nivel de educación superior al promedio de la población en las áreas de origen. En el caso de las mujeres se ha apreciado que la migración tiende a ocurrir a edades algo menores que entre los hombres, advirtiéndose una mayor presencia femenina en las corrientes que se dirigen a las áreas urbanas, en especial a las de mayor tamaño. Características como las indicadas sugerirían la importancia del condicionamiento económico de la movilidad espacial de la población, particularmente por el hecho de que la mayor parte de quienes migran son individuos que se encuentran en sus etapas iniciales de incorporación a la vida laboral. Desde otro ángulo, la inserción de los migrantes en las áreas de destino ha sido motivo de diversas investigaciones. En el caso de la Aglomeración Metropolitana de San José de Costa Rica, por ejemplo, se detectó que los migrantes con más de 5 años de residencia en el destino se habían asimilado hasta el punto de no diferir de la población nativa en cuanto a las remuneraciones percibidas y de la ocupación cuando ambos conjuntos poseían igual grado de educación; en cambio los inmigrantes más recientes mostraban una posición laboral y de ingreso desmedrada en relación con los otros dos grupos (Maguid, 1986). Estos antecedentes, junto a los de otros estudios similares, permiten poner en tela de juicio el habitual aserto según el cual los migrantes, en particular los que se acercan en ciudades importantes, se distinguirían por condiciones de pobreza, "marginalidad" o "informalidad". Por cierto, es diferente la situación de quienes, motivados por una catástrofe, se han visto forzados a trasladarse en forma masiva desde el campo hacia la urbe, como acontecería con algunos grupos de "desplazados" hacia San Salvador.

Todavía en 1950 la población de Centroamérica presentaba rasgos esencialmente rurales, como se deduce del hecho de que dos terceras partes de la población económicamente activa laboraba en actividades agrícolas y una proporción aún mayor de sus habitantes, 7 de cada 10, residía en áreas rurales. En virtud de los procesos de transformación productiva acaecidos desde aquel entonces, ha ocurrido una sustancial disminución del aporte de la agricultura en la conformación del PIB regional y hacia 1990 menos del 40 por ciento de quienes formaban parte de la fuerza de trabajo cumplían tareas en el sector agrario. A su vez, el ámbito urbano ha cobrado una importante significación económica, social, política y cultural, hasta el punto que en 1990 albergaba al 45 por ciento de la población total. En rigor, este

período de 40 años ha sido una etapa de intensa urbanización. Entre 1950 y 1990 las áreas urbanas más que cuadruplicaron el número de sus habitantes, aumentando de 2.6 a cerca de 13 millones de personas, en tanto que en el medio rural el factor de multiplicación de la población se redujo a 2.5. De esta discrepancia en los ritmos de crecimiento se deriva el carácter ascendente del grado de urbanización. Según las proyecciones, Centroamérica llegaría al año 2000 con 18 millones de habitantes urbanos, lo que será equivalente a más del 48 por ciento de su población total.

Si bien todos los países de la región han registrado aumentos el el porcentaje urbano de sus respectivas poblaciones, la evolución seguida por ellos permite reconocer diferentes trayectorias. Durante todo el período de referencia Panamá y Nicaragua han exhibido las proporciones más elevadas, estimándose que ya en 1980 más de la mitad de sus habitantes podían ser catalogados como urbanos. Sin embargo, Panamá, como Guatemala, presentó un dinamismo inferior al promedio regional en cuanto al ascenso de su porcentaje urbano; por oposición, Costa Rica y, en particular, Honduras, han mostrado los ritmos más acelerados de aumento de ese indicador. A pesar de ello, Honduras comparte con Guatemala la condición de más acentuada ruralidad dentro de la región. Las modificaciones aludidas ilustran los heterogéneos rasgos del patrón de asentamiento de la población centroamericana. En cuanto atañe al crecimiento de la población urbana de la región, cabe advertir que la misma se ha incrementado según tasas medias anuales que, de modo sistemático, han superado a las de la población total y, a menudo, han duplicado a las de la rural, como lo ilustran los casos de El Salvador, Honduras y Nicaragua. Durante el último decenio del siglo se espera que, como ya se insinuara en la década precedente, las tasas de crecimiento de la población urbana desciendan a niveles inferiores a los registrados en el período 1950-1970, a pesar de lo cual la diferencia entre esas tasas de incremento y las del medio rural tenderá a aumentar.

Aunque las diferencias de crecimiento urbano-rural (DCUR) son un elocuente testimonio del notable vigor del proceso de urbanización, ellas no deben interpretarse como indicación de que el incremento de la población urbana es sinónimo de transferencia neta de habitantes rurales. Por el contrario, estimaciones indirectas permiten detectar que, en promedio, algo más de las dos terceras partes del incremento en el número de residentes urbanos es imputable a su propio aumento natural. A su vez, como todos los antecedentes disponibles sugieren que la tasa de crecimiento natural urbano ha sido menor que su contrapartida rural, la única forma de entender el ascenso del porcentaje urbano de la población total es a través del aporte demográfico proporcionado por la migración de origen rural y por la reclasificación de lugares que anteriormente se catalogaban como rurales. Es decir, mientras el aumento en el porcentaje urbano de la población total se deriva básicamente de la transferencia neta de origen rural, el incremento demográfico urbano encuentra sus raíces en su propio crecimiento natural. Ciertamente, estas estimaciones difieren según los países y el período de análisis, así como también varían cuando se consideran ciudades individuales.

De acuerdo con los antecedentes sobre la distribución y las tasas de crecimiento de la población según categorías de tamaño de las localidades, la urbanización en Centroamérica ha mostrado un cierto sesgo concentrador. Mientras en 1950 las ciudades de más de cien mil habitantes representaban un 37 por ciento de la población urbana subregional, en 1990 ellas eran el asiento del 49 por ciento de ese total; su ritmo de incremento medio anual, superior al 4.5 por ciento anual, les permitió aumentar de poco menos de un millón de personas a 6.3 millones en el curso de sólo cuatro decenios. En igual lapso, los centros urbanos de menos de 20 mil habitantes aumentaron sus residentes de 1.4 a 4.6 millones, con lo que experimentaron una merma en su posición relativa en el conjunto urbano (disminuyendo del 51 al 36 por ciento). Sin embargo, la imagen de la concentración resulta menos ostensible si se advierte que las ciudades de tamaño intermedio, pobladas por 20 mil a 100 mil habitantes, aumentaron su ponderación, desde un 12 a un 15 por ciento de la población urbana regional entre 1950 y 1990, contribuyendo a una estructura algo menos asimétrica de las redes urbanas. No obstante lo dicho, el hecho de que la disminución relativa de las localidades pequeñas haya ocurrido en todos los países, como fruto de sus menores tasas de crecimiento, ilustra acerca de la vigencia de la tendencia hacia la concentración.

Alcanzando su más visible evidencia en Panamá, cuya aglomeración metropolitana albergaba, en 1990, alrededor del 35 por ciento de la población total del país, el dinamismo de la concentración se aprecia también en los demás países, como se deduce del elevado y creciente peso relativo de las respectivas capitales nacionales. Además, en torno a estas ciudades se han ido definiendo complejos urbanos que aglutinan, dentro de un tejido de relaciones cotidianas, centros que hasta un pasado reciente constituían entidades separadas. Un ejemplo de esta tendencia lo presenta Costa Rica, cuya metrópolis "dispersa" de San José, con una población estimada de un millón de habitantes en 1990, revela el desborde de la capital nacional fuera de sus antiguos límites y coalesce con las cabeceras de tres provincias vecinas. El carácter reciente de la "metropolización" queda en descubierto al advertir que la población residente en las ciudades capitales de los países de la región representaba el 11.5 por ciento de los habitantes de Centroamérica en 1950 y que en 1990 esa relación se había elevado al 20.6 por ciento.

Si bien es cierto que las áreas metropolitanas son habitadas por altas proporciones de población, todo pareciera indicar que en ellas es todavía más elevada la concentración de las actividades de transformación industrial y de intermediación comercial y financiera, por lo que su contribución al producto nacional es particularmente importante. Igualmente efectivo es el hecho de que las modalidades de expansión metropolitana obligan a comprometer parte cuantiosa de los recursos nacionales en el suministro de infraestructura y de servicios básicos, a veces en desmedro de otras áreas de los países. Aun cuando es frecuente que en aquellas áreas metropolitanas se tornen más visibles los síndromes de pobreza y desempleo, este tipo de problemas no es imputable a propia concentración, sino a las condiciones más generales de estructuración y funcionamiento de las sociedades y economías nacionales. Estas observaciones permitirían sostener que las áreas metropolitanas no constituyen, por sí,

obstáculos reales al proceso de desarrollo, lo que no implica desconocer la necesidad de introducir cambios en sus estilos de operación. En efecto, parece indiscutible que las potenciales ventajas que depara la concentración espacial podrían ser aprovechadas de un modo más productivo si se redefiniese el papel de sus economías y si sus beneficios fuesen distribuidos de acuerdo a un concepto de equidad social.

6. La inexcusablemente elevada mortalidad infantil.

Ya se ha señalado que la mortalidad es relativamente elevada en la mayoría de los países de la región; si tal observación es válida respecto de la población total, ella posee todavía mayor vigencia en lo que concierne a las personas de corta edad. Asimismo, dadas sus estructuras por edad, estas naciones presentan un perfil demográfico esencialmente juvenil y, por lo mismo, las muertes que ocurren al comienzo de la vida se constituyen en una componente principal de la mortalidad general. Bajo condiciones como éstas, la disminución de la mortalidad infantil se convierte en un aspecto prioritario de las estrategias de salud pública. A pesar de las múltiples deficiencias de que adolecen las fuentes de datos disponibles, se ha detectado que en los países centroamericanos, sin perjuicio de reconocer diferencias entre ellos, prevalece una mortalidad excesiva, tanto en el primer año de vida como en el tramo de 1 a 4 años. Así, por ejemplo, al iniciarse la década de los cincuenta, en promedio, 146 niños centroamericanos fallecían antes de cumplir su primer año de vida; en Honduras la tasa pertinente llegaba a 196 por mil. Tales cifras son elocuentes de la inmensidad de las pérdidas infantiles que experimentaba la región al comenzar la segunda mitad del siglo XX, momento en que el indicador de los Estados Unidos era de 28 por mil. Al cerrarse el decenio de los setenta, luego de una etapa de gran expansión económica, todavía el promedio regional mostraba que 77 de cada mil niños morían antes de alcanzar el primer año de edad y en cuatro países la cifra era cercana o superior a los 90 por mil. Cuando se inician los años noventa, la tasa de mortalidad infantil (TMI) de Centroamérica se ubica alrededor del 48 por mil.

Los cambios en las tasas mencionadas permiten reconocer que si bien Centroamérica ha experimentado importantes progresos en cuanto a reducir el severo flagelo que representa la mortalidad infantil, todavía se está lejos de haber conseguido una situación que pudiera calificarse como razonable en las postrimerías del siglo XX. Esta aseveración resulta todavía más enfática cuando se presta atención a lo que ha ocurrido dentro de la región. En Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua, la mortalidad infantil ha logrado reducirse desde tasas del 100 por mil en los años setenta a unas que bordeaban los 63 por mil hacia 1990, valor que aún es 2.3 veces mayor que el detentado 40 años antes por los Estados Unidos. Además, la componente principal de la mortalidad infantil en aquellos cuatro países sigue siendo la de tipo postneonatal (que sobreviene a quienes tienen entre 1 y 11 meses), gran parte de la cual es susceptible de prevención a través de medidas de un bajo costo relativo. Por el contrario, Costa Rica, que en 1970 presentaba una TMI de 60 por mil consiguió avanzar decisivamente en esta transición hacia menores riesgos, de modo que en 1990 sólo 18 niños

fallecían antes de enterar su primer año de vida. Es decir, mientras en este último país la tasa de 1990 era un 70 por ciento menor que la observada 20 años antes, en las cuatro naciones mencionadas anteriormente la reducción en igual lapso fue de apenas un 37 por ciento. Los adelantos obtenidos por Costa Rica se aprecian también por el hecho de que la tasa de mortalidad de los niños de 1 a 4 años había descendido, hacia 1986, a menos del 1 por mil, mientras en los otros cuatro países se situaba, en promedio, alrededor del 8 por mil (OPS, 1990). Finalmente, el caso de Panamá es bastante peculiar: en 1970, con una tasa cercana al 45 por mil, era el país centroamericano con menores niveles de mortalidad infantil, pero los moderados progresos ulteriores le han conducido a ubicarse, hacia 1990, en una situación intermedia, con tasas del 23 por mil en el primer año de edad y del 2.3 por mil en la edad 1-4 años.

Un claro indicio de los elevados riesgos de muerte a que están expuestos los niños de Centroamérica lo proporciona el hecho de que cerca del 40 por ciento de las defunciones totales ocurridas al iniciarse la década de los ochenta correspondían a los menores de 5 años, quienes representaban entre el 13 y el 18 por ciento del total de los habitantes de la región. La desproporción entre ambas cifras resulta particularmente notable si se tiene en cuenta que una parte sustancial de esas defunciones podrían haber sido evitadas. En efecto, tan alta incidencia de la muerte al comienzo de la vida se asocia a un predominio de las enfermedades de etiología infecciosa como causa de defunción entre los niños. Así, en las cuatro naciones de mortalidad más elevada, las infecciones intestinales son las responsables de cerca de un tercio de las muertes de menores de un año, alcanzando tasas que eran entre 17 y 30 veces superiores a las que detentaba el país de menor mortalidad en la misma región. De modo análogo, en aquellas mismas naciones de mayor mortalidad, las muertes imputables a infecciones respiratorias agudas representaban alrededor del 19 por ciento de las defunciones de menores de un año, llegando a tasas que decuplicaban el valor registrado en Costa Rica. Mientras en este último país los programas de inmunización han contribuido a una virtual erradicación de la mortalidad originada por infecciones previsibles, en El Salvador, Guatemala y, especialmente, en Honduras, esas enfermedades seguían generando una sobremortalidad. Por otra parte, aunque las diferencias entre países en cuanto a la proporción de las causas de muerte de tipo perinatal son menos acusadas, las altas tasas que se observan en Honduras y Nicaragua, con tasas del 16 y 26 por mil, respectivamente, ponen en evidencia que también en este rubro se presentan excesos (OPS, UNICEF, CELADE, 1988).

Resulta indudable que la información precedente ilustra acerca de la coexistencia de condiciones epidemiológicas esencialmente disímiles dentro de la región centroamericana. Sobre esta base se ha procurado identificar algunos cambios que se requeriría introducir en la estructura de causas de muerte con el propósito de permitir una reducción significativa de la mortalidad infantil. Así, por ejemplo, si en Honduras se aspirase a lograr una tasa semejante a la de Costa Rica, lo que implicaría un descenso del 75 por ciento de las muertes de menores de un año, sería imprescindible promover una drástica disminución de las enfermedades diarreicas y respiratorias agudas, ya que ambos grupos de causas de muerte han sido las

responsables de no menos de dos tercios de las defunciones infantiles hondureñas. A su vez, la eliminación de las afecciones inmuno-previsibles, mediante un eficaz programa de protección, contribuiría a una reducción adicional de la mortalidad infantil de Honduras en un 13 por ciento; en cambio, dado el estado actual de la transición epidemiológica en aquel país, si el esfuerzo se volcase exclusivamente a las causas perinatales, la disminución que se obtendría no superaría el 11 por ciento. Siempre bajo los supuestos precedentes, pero contrastando con el caso de Honduras, si Costa Rica pretendiese conseguir una tasa de mortalidad infantil similar a la de los Estados Unidos, que fue del 10 por mil a fines de los años ochenta (OPS, 1990), las acciones requeridas serían de una muy distinta naturaleza. Desde luego, sería imperiosa una disminución radical de aquellas causas de muerte que representan un remanente del pasado, como las derivadas de infecciones entéricas y respiratorias agudas, cuyo efecto no constituía más de un tercio de la diferencia de mortalidad infantil entre ambos países. Mayor efecto aún tendría la reducción de las causas de tipo perinatal y las que se asocian con anomalías congénitas que, en conjunto, son responsables de los dos tercios restantes del excedente de mortalidad de Costa Rica en relación con los Estados Unidos. Sin embargo, como es sabido, el combate de este orden de afecciones resulta costoso y en extremo difícil, dado que involucra la introducción de complejas técnicas de salud y medicina modernas.

7. La heterogeneidad socioespacial de la dinámica demográfica.

Los indicadores considerados anteriormente no son sino valores medios nacionales; como tales, simplemente son resultados ponderados de los diferentes comportamientos demográficos perceptibles dentro de cada país. Dado su calidad de cifras medias, las mismas constituyen abstracciones de escasa utilidad en la interpretación de los procesos subyacentes y poco relevantes para fines de política. Luego, como un reconocimiento de la heterogeneidad inherente a la realidad social es útil aludir a algunas diferencias detectadas entre los parámetros demográficos de subconjuntos de las poblaciones nacionales. Si bien en esta sección se hará referencia sólo a datos sobre fecundidad y mortalidad, debido a que, mediante censos y encuestas, ha sido posible obtener una mayor información, es necesario tener presente que la heterogeneidad social, económica y cultural es también consubstancial a la movilidad territorial de la población. Las especificaciones que se efectúan aluden a las distintas áreas de establecimiento de la población y a grandes categorías socio-ocupacionales de Guatemala, Honduras y Panamá; las estimaciones están referidas a dos períodos quinquenales, uno al inicio de la década de los sesenta y otro al término de los años setenta.

En relación a los contextos geográficos, puede señalarse que las TGF alcanzan sus menores intensidades en las áreas metropolitanas y en las ciudades principales de cada país, tendiendo a incrementarse a medida que se transita hacia el "resto urbano" y las zonas rurales, en particular aquellas de localización más distante respecto del medio urbano. Aunque esta observación es válida en los dos períodos considerados, las diferencias detectadas se acrecentaron con el paso del tiempo. En el quinquenio 1960-1965 las mujeres residentes en

las ciudades mayores de Guatemala tenían, en promedio, 1.6 hijos más que sus congéneres rurales distantes; en Honduras, esa discrepancia era aún mayor, alcanzando a 2.5 hijos. Quince años más tarde, los niveles de las TGF de las ciudades habían disminuido en un hijo en el caso de Guatemala y en 1.5 hijos en el de Honduras; en cambio, en las zonas rurales remotas se experimentó un leve incremento, probablemente debido a una disminución de la mortalidad materna. A raíz de los cambios anotados, las diferencias entre las TGF de ambos tipos de contextos alcanzaron a 2.8 hijos en Guatemala y a 4.8 en Honduras. Panamá presenta ciertas especificidades, pues las discrepancias sólo aumentaron de 2.7 a 3.3 hijos entre ambos períodos, evolución que parecería derivarse de una generalización territorial de las tendencias favorables a una disminución de la fecundidad.

Una mayor heterogeneidad en los comportamientos reproductivos se advierte al considerar los **grupos socio-ocupacionales**. En el primero de los quinquenios, las diferencias entre las TGF de las categorías "medio-alto" y no asalariados agrícolas alcanzaban a 3.3 hijos por mujer, tanto en Honduras como en Panamá, no obstante que los niveles específicos de cada país eran distintos. En el quinquenio siguiente, esas discrepancias se incrementaron a 5 y 3.7 hijos, respectivamente, en aquellos dos casos nacionales, mientras que en Guatemala eran de 3.4 hijos por mujer. Los mismos resultados permiten ilustrar que el descenso de la fecundidad se manifestó primero en el grupo "medio-alto"; en contraposición, el conjunto de asalariados, agrícolas y no agrícolas, continuaban exhibiendo ritmos reproductivos todavía ostensiblemente elevados a fines de los años setenta. Dado que, en general, la mayor parte de las poblaciones de los países se ubica en estos últimos estratos, declinaciones importantes en el nivel de la fecundidad sólo tenderán producirse cuando tales grupos hayan experimentado descensos significativos en el número de hijos tenidos, como pareciera sugerirlo el caso de Panamá. En todo caso, existen evidencias de disminuciones no despreciables en las TGF de las mujeres pertenecientes a la categoría de no asalariados no agrícolas en Guatemala y Honduras.

Las estimaciones referidas a mortalidad infantil también indican que en las áreas metropolitanas se presentan niveles notablemente inferiores a los que prevalecen en el "resto urbano" y en las zonas rurales. Así, la tasa de mortalidad infantil del área metropolitana de la Ciudad de Panamá (del 29 por mil) representaba apenas un 37 por ciento de la estimada respecto de las zonas rurales distantes (78 por mil) en el período 1960-1965; en el quinquenio final de los setenta el primero de aquellos indicadores se había reducido a un valor equivalente al 27 por ciento del segundo (13 y 48 por mil, respectivamente). Las discrepancias entre el área metropolitana y los asentamientos rurales lejanos de Guatemala, considerando en este caso la probabilidad de morir dentro de los dos primeros años de vida, eran ligeramente menores y tendieron a mantenerse a lo largo del tiempo. Si las diferencias advertidas entre áreas de residencia poseen importancia, no son menores las que se perciben entre los grupos socio-ocupacionales. Estas discrepancias resultan particularmente marcadas al confrontar los estratos "medio-alto" y de trabajadores agrícolas. En Honduras, por ejemplo, en el quinquenio 1960-1965 el riesgo de mortalidad al que estaban expuestos los niños hijos

de trabajadores no asalariados agrícolas duplicaban los que enfrentaban los descendientes de quienes conformaban la categoría "medio-alto" (130 y 65 por mil, respectivamente); quince años más tarde esa relación había aumentado a 2.4 (con tasas respectivas del 105 y el 44 por mil). De manera análoga, el distingo entre la probabilidad de morir antes de enterar el segundo año de vida era 2.7 veces superior en el grupo de asalariados agrícolas (173 por mil) que en el "medio-alto" (64 por mil) en Guatemala; en el caso de Panamá la tasa de mortalidad infantil entre los trabajadores rurales no asalariados (49 por mil) prácticamente triplicaba la estimada respecto del grupo "medio-alto" (17 por mil). Estas cifras permiten entender los altos niveles de mortalidad de la mayoría de los países de la región, así como advertir la gran heterogeneidad existente dentro de los mismos.

Además de los distingos según el área de residencia y el estrato socio-ocupacional de pertenencia, pueden discernirse otros de acuerdo a variables tales como la educación de los padres o la lengua de uso habitual en el hogar (como indicador aproximado del grupo étnico). En numerosos estudios se ha encontrado que el nivel formal de educación de la madre está asociado inversamente con diferencias en la sobrevivencia del niño. Específicamente, en Honduras, hacia 1980, los hijos de mujeres sin instrucción tenían tasas de mortalidad infantil (112 por mil) que triplicaban las de aquellos nacidos de madres con 7 o más años de instrucción (39 por mil). Este tipo de diferencias no son exclusivas de países con alta mortalidad; también se han captado en casos como el de Costa Rica, donde, según datos del censo de población de 1984, los hijos de mujeres analfabetas tenían una tasa de mortalidad (35 por mil) que también era tres veces mayor que la de los hijos de madres con educación secundaria o superior (13 por mil). Así como en el caso de la mortalidad infantil, el nivel de educación de la mujer presenta una fuerte asociación con el número medio de hijos tenidos. Las diferencias de fecundidad según años de educación de la madre se advierten tanto en países de altos niveles reproductivos como en aquellos donde la variable ha experimentado descensos de importancia, habiéndose observado que en el proceso de transición las discrepancias han tendido a aumentar, por lo menos temporalmente. En Honduras, por ejemplo, las mujeres que disponían de 7 o más grados de enseñanza tenían un promedio cercano a 6 hijos hacia 1960, cuando las que carecían de instrucción contaban con alrededor de 8; 20 años más tarde, las primeras habían reducido su descendencia en un 50 por ciento, en tanto que las segundas habían elevado ligeramente su prole, alcanzando a poco más de 8 hijos por madre, como promedio.

Respecto de las diferencias según grupo étnico, los resultados de los estudios indican que la población indígena configura uno de los conjuntos demográficos más vulnerables, como se deduce de sus altos riesgos de muerte y de su elevada fecundidad. En Guatemala, por ejemplo, se ha estimado que la probabilidad de morir dentro de los dos primeros años de vida alcanzaba, entre los niños indígenas, una incidencia tan elevada como la de los hijos de asalariados agrícolas. Análogamente, en relación con la fecundidad, se ha encontrado que las mujeres indígenas de Panamá y Guatemala mantuvieron prácticamente invariantes sus TGF durante los años sesenta y setenta, siendo éstas bastante superiores a los respectivos indicadores medios nacionales y similares a las estimadas para algunos estratos de trabajadores

rurales. Estas coincidencias entre los valores de los parámetros demográficos de los grupos indígenas y de los pobladores del campo no son meramente casuales; gran parte de los habitantes autóctonos de Guatemala y Panamá son residentes del medio rural y desempeñan labores en el sector agropecuario, habitualmente como campesinos agrupados en comunidades.

El reconocimiento de que la mayoría de los nacimientos y de las muertes infantiles ocurren en las áreas geográficas más deprimidas y entre los grupos socioeconómicos más pobres constituye un antecedente de importancia para orientar los programas de salud, así como otras acciones destinadas a la atención de los requerimientos propios de la infancia. Coincidiendo con lo antes mencionado, diversas investigaciones han señalado, de modo sistemático, que tanto la mortalidad infantil como la fecundidad tienden a alcanzar mayores intensidades a medida que se desciende en la jerarquía de establecimientos, desde las áreas metropolitanas hacia las zonas rurales más alejadas de los centros urbanos, donde generalmente la población se disemina a través de espacios en los que prevalecen modalidades de dispersión. Hallazgos empíricos como los descritos no debieran conducir a la conclusión de que son estas categorías de índole nominal, o de magnitud física, de los asentamientos humanos las que permiten explicar el comportamiento demográfico. Aquellas diferencias sólo pueden ser consideradas como manifestaciones externas de lo que ha sido un proceso de desarrollo que ha llevado, en su esencia, el signo de la desigualdad. Es preciso referirse a este contexto histórico si se aspira a encontrar las raíces de las disímiles condiciones económicas, sociales y culturales que confieren especificidad a aquellas áreas.

Similares alcances deben efectuarse acerca de las diferencias demográficas que se constatan entre estratos socio-ocupacionales. Estos son el resultado de agrupaciones, todavía imperfectas, que se derivan de fuentes de información no diseñadas con el propósito específico de identificar grupos sociales claramente definidos. A pesar de esta restricción, las categorías socio-ocupacionales utilizadas en los estudios empíricos de los que proceden los datos arriba señalados, procuran aproximarse a la posición de los hogares respecto del control y la distribución de bienes y servicios. Por lo mismo, las diferencias encontradas en los parámetros demográficos parecieran encontrar cierto asidero en la realidad social. Así lo sugieren los distinguos observados entre los niveles de fecundidad y mortalidad del grupo "medio alto" y los demás estratos, en especial aquellos asociados con las actividades agrícolas, cuyos indicadores no sólo muestran valores elevados, sino también escasa sensibilidad a la baja. En particular, en el caso de estos estratos agrícolas, los datos empíricos revelan que la calidad de asalariado no establecería una discriminación evidente dentro de tales grupos. El alto grado de generalidad de la estratificación utilizada pareciera mostrar que, si se procura explicar los comportamientos en materia de reproducción y de exposición a los riesgos de muerte, es necesario indagar sobre las características propias de la efectiva inserción social y económica de los diversos sectores de la población, sin omitir sus peculiares atributos culturales.

Como un intento de interpretación general de las diferencias que han sido ilustradas, se puede comenzar reconociendo que en las áreas urbanas, por lo común, se registra un mayor

desarrollo de las fuerzas productivas que en las rurales. Tal distingo se asocia también con el grado de diversificación de las actividades en las que se inserta la población. Dadas estas condiciones, las estructuras sociales urbanas tienden a distinguirse por una presencia relativa más acentuada de los grupos medios y altos, así como por una incidencia importante de los asalariados. Asimismo, el Estado adquiere mayor visibilidad en un ámbito urbano, donde discurren alianzas y conflictos de fundamental importancia para la gestión política de la sociedad civil. Este tipo de factores cobra realidad cotidiana, tanto por medio de la oferta de servicios sociales básicos (salud y saneamiento ambiental, educación y cultura, vivienda y seguridad social), cuya efectividad pareciera acrecentarse allí donde la población está concentrada, como también mediante la aplicación de políticas laborales y salariales. A estas características económicas, sociales y políticas de un tipo ideal de área urbana cabe añadir las de índole cultural, conectadas tanto con las pautas de valores e ideologías de los grupos medios y altos, como con los incentivos a la movilidad social (teóricamente viable dentro de los márgenes de una estructura productiva y social diversificada).

Desde luego, las zonas urbanas, como las rurales, distan mucho de constituir situaciones homogéneas. Por el contrario, unas y otras muestran importantes variabilidades, las que están íntimamente vinculadas con los estilos de estructuración de las actividades económicas. Estos últimos involucran, por cierto, diferentes intensidades en el uso de los factores productivos, dando lugar a distintas modalidades de estratificación social. Las peculiaridades que emergen de la articulación de estas dimensiones estructurales, aunadas a los efectos de las acciones y abstenciones del Estado y a los derivados de los marcos culturales, configuran las fuentes de determinación de los comportamientos demográficos, los cuales, a su vez, se procesan a través de las unidades familiares. De este modo, entonces, parece lícito sostener que las modalidades de transición demográfica de las poblaciones nacionales no son sino las componentes de una multiplicidad de formas específicas que se desenvuelven dentro de cada sociedad particular.

8. Dinámica demográfica en el contexto de la pobreza.

Una forma complementaria de considerar las interrelaciones entre la población y el desarrollo, dentro del marco de las inequidades sociales prevalecientes en la región, consiste en el análisis de las características demográficas de los grupos inmersos en condiciones de pobreza. En este sentido, diversas investigaciones coordinadas por el PREALC cobran especial relevancia (PREALC, 1989; Uthoff, 1990). Esos estudios definen, sobre la base de los ingresos percibidos por los hogares y de su relación con el costo de la canasta alimentaria de subsistencia, dos estratos de pobreza. Un primer grupo es el de los indigentes, cuyos ingresos no alcanzan a cubrir el costo de una canasta, lo que implica una ubicación por debajo de los niveles básicos de nutrición y una virtual situación de sobrevivencia elemental. El segundo grupo corresponde al resto de los pobres, quienes acceden a ingresos que les permiten costear entre una y dos canastas alimentarias. Por encima del nivel de pobreza se encuentran los hogares cuyos ingresos son superiores al costo de dos canastas. Esta clasificación se funda en el supuesto según el cual la pobreza sólo es superada cuando los hogares no comprometen más

del 50 por ciento de sus presupuestos en la adquisición de alimentos.

Información sobre Guatemala, recabada a fines de la década de los ochenta, permite indicar que alrededor de la mitad de los hogares se debatía en la indigencia (CEPAL, 1990). Las proporciones de la población total involucradas en tales condiciones son todavía mayores por cuanto el tamaño medio de los hogares indigentes es sistemáticamente superior al del conjunto total. Alrededor de un 25 por ciento adicional de los hogares se ubica en la categoría "resto de pobres". De ello se infiere la generalizada situación de pobreza imperante en gran parte de Centroamérica. Incluso en Costa Rica se advierte, hacia 1988, que esa condición afectaba a más de la cuarta parte de los hogares. Tal como el tamaño de los hogares, las razones de dependencia infantil y juvenil y de niños/mujeres se elevan a medida que disminuyen los ingresos; asimismo, la reducida cuantía de la edad media de quienes integran los hogares refuerzan la imagen de mayor fecundidad entre los grupos más pobres. Por otra parte, la proporción de empleados respecto del total de adultos desciende a medida que declinan los ingresos, lo cual constituye un indicio de cómo las escasas oportunidades laborales, particularmente en ámbitos de alta productividad, quedan restringidas a los estratos no pobres. De este modo, la pobreza no sólo se encuentra relacionada con variables que inciden en el tamaño, crecimiento y composición de la población, sino que representa a sectores sociales caracterizados por severos problemas de ingreso y empleo. Aunque los grupos pobres se distinguen por su tendencia a un más rápido incremento demográfico natural que el resto de la población, el gran aumento que han experimentado, en especial durante la década de los ochenta, parece haber sido alimentado por las adversas condiciones del mercado de trabajo, la persistencia y, probablemente, la acentuación de la regresividad en la distribución del ingreso en una etapa de crisis que ha demandado serias medidas de ajuste estructural y de retracción del papel del Estado en materia de políticas sociales.

Si bien frecuentemente la familia ha sido concebida como una unidad social que favorece la redistribución del ingreso, condición que aparece fortalecida por el tejido de redes de solidaridad, ella parecen ser también un agente de transmisión de la desigualdad entre generaciones. En efecto, el mundo de la pobreza induce al trabajo infantil precoz, a severas insuficiencias de nutrición entre los niños, así como a una falta de expectativas concretas en el ámbito de la educación y en el mercado de trabajo. Los niños, mal alimentados, se ven forzados a contribuir, de alguna forma, al sostén del grupo familiar, sin recibir los cuidados ni los estímulos necesarios que permitan atender las necesidades inherentes a su desarrollo y que conduzcan a una efectiva preparación para desenvolverse en etapas ulteriores de su existencia. Cuando jóvenes, no encuentran en el sistema escolar formas efectivas de capacitación para el trabajo ni vías de movilidad social; en rigor, las oportunidades ligadas a la educación no poseen iguales significados para los diversos sectores sociales. Llegada la edad a la cual normalmente se esperaría su inserción laboral, los escollos del deficiente proceso formativo, sumados a las restricciones estructurales que distinguen al mercado de trabajo, dan lugar a bajos grados de participación formal y altos índices de desempleo, como lo ponen de manifiesto las menores tasas de actividad entre los hogares pobres. Por consiguiente, la familia,

al incrementar su tamaño, no consigue obviar la situación de pobreza; el escaso ingreso percibido por el hogar se convierte en una barrera que ejerce directa influencia sobre la probabilidad de que los niños y jóvenes generen ingresos mayores cuando lleguen a la edad adulta.

Así, se evidencia un recíproco refuerzo entre pobreza y alta fecundidad que, además, se articula con una intensa mortalidad infantil. Estos elementos permiten inferir que los grupos pobres asumen altos costos de reproducción biológica y social. En Guatemala, por ejemplo, la tasa de crecimiento natural de los indigentes durante los años ochenta se elevaba al 34 por mil, superando en un 48 por ciento el indicador detentado por los estratos no pobres. Más aún, las proporciones de nacimientos y defunciones de los indigentes excedían largamente su participación relativa dentro del total de la población. En Costa Rica, donde la incidencia de la pobreza no es tan acentuada, el crecimiento natural de los indigentes era bastante menos rápido, como expresión de un contexto social dentro del cual la fecundidad ha disminuido significativamente; con todo, éstos aportaban cuotas de nacimientos y, en particular, de defunciones que excedían considerablemente su representación relativa dentro de la población total. Completando el círculo, las modalidades de participación en la actividad económica mostraban claramente la posición desmedrada de los hogares pobres; las tasas brutas de actividad de los indigentes eran equivalentes al 60 por ciento de aquellas de los hogares no pobres en Guatemala, mientras que en Costa Rica esa relación se reducía a menos del 50 por ciento. Tales discrepancias son abiertamente superiores a las que se derivan de las diferentes estructuras por edad de unos y otros tipos de hogares. Por lo demás, el tipo de incorporación laboral presentaba distingos notables: el trabajo por cuenta propia y, en especial, el de familiares no remunerados, representaban proporciones mayores entre los indigentes que en los demás grupos; así, en Guatemala, estas dos categorías agrupaban al 59 por ciento de la población económicamente activa en condición de indigencia. Como ya se ha adelantado, si bien el dinamismo demográfico de los grupos pobres generalmente ha superado los promedios nacionales de crecimiento, su aumento relativo no aparece explicado por este único factor. Durante los años ochenta, por lo menos en el caso de los dos países mencionados, tal aumento se vio afectado por otros factores que condujeron a una movilidad social y económica descendente (CELADE, 1991).

La carencia de perspectivas de futuro y la falta de acceso a medios esenciales de vida, unidos a la persistencia de complejos normativos y de valores "tradicionales", operan en desmedro de la posición de la mujer dentro de la familia y en la sociedad como un todo, convirtiéndole en madre de una multiplicidad de hijos, a veces percibidos como un "seguro" para la vejez y otras, las más, como un sino ineludible. Estas mismas circunstancias se vinculan con la elevada incidencia del embarazo a edades tempranas o demasiado avanzadas, con severos riesgos que no sólo atañen a la salud de la mujer, contribuyendo a elevar la mortalidad materna, sino que operan como un factor adicional de restricción a su pleno desenvolvimiento como ser humano. Tal es el caso, en especial, de aquellas que inician su vida reproductiva en forma precoz y fuera de alguna forma de unión reconocida. Por otra parte, la reducida

extensión de los intervalos intergenésicos, resultado de una maternidad reiterada, conspira contra la normal sobrevivencia de madres e hijos, además de limitar los cuidados propios de la crianza. Finalmente, aunque el grado de conocimiento sobre el tema es aún débil, es probable que una proporción importante del aborto inducido se verifique entre los estratos pobres, como último recurso en el intento por evitar hijos no deseados.

No obstante que el alto número de descendientes contribuye a minar los recursos del grupo familiar, sería impropio sostener que ellos representan el factor determinante de la pobreza; ciertamente, los antecedentes disponibles permiten sostener que las relaciones de causalidad se dirigen en sentido opuesto. Aparentemente, la falta de opciones reales dentro de la sociedad, las limitaciones impuestas al ejercicio de derechos elementales -incluido el de la preservación de la vida infantil- y las múltiples expresiones cotidianas de la pobreza, se interponen como barreras, cuyos fundamentos materiales se encuentran en el desigual acceso al trabajo y al ingreso, impidiendo percibir efectivas ventajas en la disminución del tamaño familiar. Pero, además, es preciso reconocer que la pobreza no constituye un todo homogéneo. Indicios claros de su diversidad se aprecian en el caso de Guatemala: mientras en el medio urbano, la proporción de hogares pobres es menor que aquella existente en las zonas rurales, el ingreso medio de los hogares indigentes ubicados en estas últimas apenas representa un 58 por ciento del percibido por sus congéneres urbanos (Uthoff, 1990). De manera análoga, la edad mediana, como también las razones de dependencia y de niños/mujeres apuntan hacia una mayor fecundidad entre los pobres del campo. Estas diferencias muestran la necesidad de especificar las políticas pertinentes según grupos particulares de pobres, lo que supone una identificación precisa de las poblaciones objetivo.

9. Algunos retos a ser encarados por Centroamérica al concluir el siglo XX.

Varias coordenadas de lo que probablemente constituirá el rumbo de la situación sociodemográfica durante la última década del siglo XX aparecen identificadas en las secciones precedentes. Desde luego, una fracción importante de quienes habitarán la región al iniciarse el siglo XXI ya se encontraba con vida en 1990, pero el desenvolvimiento futuro de su existencia contiene aún incertidumbres. Muchas de estas incógnitas se vinculan con la naturaleza de los cambios que, de un modo consciente y deliberado, se introduzcan. Reuniendo el consenso de los gobiernos y la voluntad de actuar en favor de un mejoramiento de la situación económica y social, diversas entidades que integran la comunidad de las Naciones Unidas han articulado objetivos, metas y propuestas, respecto de cuyo cumplimiento cabe responsabilidad a cada una de las naciones centroamericanas. Se trata, en esencia, de marcos de referencia concebidos con el objeto de colaborar con los países en el momento de definir y poner en práctica sus estrategias de proyección hacia un futuro mejor. Así ocurre, por ejemplo, con las iniciativas encaminadas a asegurar salud y educación para todos en el año 2000, que son desafíos recogidos por la UNESCO y la OMS/OPS. Del mismo modo, en relación con la infancia y la juventud, un conjunto de ineludibles compromisos han sido integrados por el UNICEF en un plan de acción. El PNUD, siguiendo el principio filosófico

según el cual la verdadera riqueza de una nación está en su gente, propugna la noción más general de desarrollo humano, entendido como un proceso mediante el cual se ofrecen mayores oportunidades a las personas. Por último, como una expresión de los esfuerzos de toda América Latina en su afán de superación de la crisis y de incrementar sus reales potencialidades, la CEPAL ha identificado las líneas matrices de una transformación productiva que, basándose en criterios de desarrollo sustentable, garantice la equidad social.

Ciertamente, el énfasis que aquellas propuestas de acción ponen en la dimensión humana destacan la necesidad de comprender qué ocurre y qué ocurrirá en materia de población. En las secciones anteriores se procuró sintetizar el conocimiento que se tiene sobre la situación y la evolución sociodemográficas de Centroamérica. Allí también se hizo referencia a las perspectivas futuras sobre tamaño, estructura y distribución de la población. Corresponde ahora aludir, de modo sintético, a algunos de los retos que entrañan esas tendencias. Un primer aspecto es el relativo a la fecundidad. Aunque el establecimiento de metas en este campo se encuentra expuesto a controversia, existe acuerdo respecto del hecho de que el tamaño de la descendencia debe ser establecido libremente por cada pareja. Sin embargo, esta libertad sólo es factible cuando la familia está efectivamente en condiciones de ejercerla. Según se ha detectado a través de encuestas demográficas efectuadas en varios países de la región, parte importante de la fecundidad sería "no deseada", lo que se infiere del hecho de que el número medio de hijos por mujer es, en promedio, superior al considerado, por las propias mujeres, como su "número ideal"; estas discrepancias cobran especial notoriedad entre los estratos bajos y los residentes en áreas rurales (CELADE, 1991). Análogamente, una proporción elevada de mujeres en edad fértil ha expresado su deseo de no tener más hijos; así ocurrió con el 66 por ciento de las entrevistadas en Panamá, el 55 por ciento de aquellas de Costa Rica y el 48 por ciento de las hondureñas (United Nations, 1989).

Datos empíricos como los mencionados revelan que los gobiernos tienen una tarea pendiente en cuanto a permitir que las parejas puedan cumplir con su derecho a tener el número de hijos que deseen, a la vez que sugieren la existencia de una desigualdad social en el ejercicio de tal derecho. Estas observaciones cobran todavía mayor ponderación al considerar que parte importante de la mortalidad infantil y materna, como el aborto, se relacionan con la existencia de un reducido espaciamiento entre embarazos, una maternidad a edades precoces o demasiado avanzadas, circunstancias que no afectan por igual a toda la población, sino que adquieren mayores intensidades entre los grupos de menores ingresos. Con el objeto de proporcionar viabilidad real al derecho reproductivo, será preciso que se ofrezca a las parejas una información apropiada sobre esta materia, destacando la responsabilidad involucrada por la maternidad y la paternidad; de igual modo, ha de propiciarse el acceso a los medios eficaces existentes para que esas parejas puedan poner en práctica sus decisiones. Como parecerá obvio, los grados de libertad de aquellas decisiones se ampliarán en la medida que se perciban, con mayor nitidez, beneficios asociados a una menor fecundidad; ésto ocurrirá toda vez que se advierta que ello no sólo conduce a una disminución de los riesgos para la salud de la madre y el hijo, sino también que abre una posibilidad de mayor equidad social

y según género en cuanto al acceso a mayores oportunidades en el reparto de los frutos del progreso material.

Una conclusión evidente del análisis de la situación y de la evolución sociodemográficas de la región es la relativa a la imperiosa necesidad de fortalecer las acciones encaminadas a una drástica reducción de la **mortalidad infantil**. La experiencia de Costa Rica en este sentido puede servir como referencia para los demás países de la región. Muchas de las medidas a ser adoptadas desde el campo de la salud son relativamente simples y de costos reducidos. Sin embargo, es claro que la intervención sectorial, siendo de la mayor necesidad y urgencia, no es suficiente. Ella debe ir acompañada de un proceso más general de movilización social que involucre acciones en el campo de la educación y de las propias organizaciones sociales de base. De otro lado, atendiendo a las disparidades empíricas encontradas, es aconsejable tener en cuenta que, en lugar de proposiciones de valor general o promedio, las metas de reducción de la mortalidad en la infancia y la niñez temprana requieren de algunas especificaciones sociales y territoriales que contribuyan a incrementar la eficacia social de las políticas. Por último, todos los indicadores disponibles parecieran sugerir la existencia de una estrecha asociación recíproca entre mortalidad infantil y fecundidad: los riesgos de muerte tienden a aumentar a medida que lo hace el número de hijos por mujer, pero también se aprecia que la fecundidad tiende a incrementarse en aquellos medios sociales caracterizados por una alta mortalidad. De este tipo de constatación empírica se podría deducir que las acciones relacionadas con una u otra variable no se contraponen, sino que se refuerzan mutuamente.

Más complejo en cuanto a la naturaleza y el sentido de sus implicancias es el tema de la **migración internacional**. Sin perjuicio de que las limitaciones de información sobre esta materia restringen su conocimiento, es sabido que se trata de una variable cuyos contenidos sustantivos son esencialmente heterogéneos y demandan diversas perspectivas analíticas y operativas. Como primer punto cabe reconocer que la movilidad a través de las fronteras de los países de la región se encarna en la propia historia centroamericana. Lo más probable es que estos flujos tradicionales prosigan en lo que resta del siglo. En muchos casos se trata de corrientes estacionales, cíclicas o transitorias, estrechamente vinculadas con la dinámica de la producción agropecuaria. En otros, en cambio, esta migración ha involucrado traslados definitivos de residencia. Obviamente, la intensidad de la migración entre países de la región se ha visto acentuada por los conflictos socio-políticos que han asolado a Centroamérica durante las últimas décadas. Si las perspectivas de pacificación y de concertación logran fructificar, sería de esperar que parte importante de quienes fueron desplazados de modo forzoso presionen por retornar a sus países de origen. Esto implicará la adopción de políticas destinadas a posibilitar una reinserción, fenómeno que no estará exento de severos problemas en ámbitos tales como el empleo, el acceso a medios de producción y la propia radicación física en el territorio. Por cierto, el diseño de una estrategia que comprenda esfuerzos mancomunados de los gobiernos de los países puede proporcionar una mayor capacidad de resolución de los problemas señalados.

En segundo término, corresponde señalar la emigración hacia el exterior de la región, básicamente hacia América del Norte. Si bien ésta podrá aminorarse al disminuir la violencia en Centroamérica, no menos realista es el supuesto de que la transferencia de recursos humanos calificados presumiblemente continuará durante los próximos años. En tal sentido, los gobiernos de la región, como las entidades científicas y tecnológicas, deberán arbitrar los medios para aminorar la pérdida de talentos. Entre las acciones que podrían desarrollarse se encuentran las iniciativas nacionales y regionales orientadas a establecer comunicaciones expeditas entre los profesionales y técnicos que residen en los países con colegas que han emigrado; este tipo de vinculación incluiría el establecimiento de programas de intercambio y cooperación, que coadyuven a una favorable transmisión de adelantos. Debe recordarse que la emigración hacia fuera de la región comprende también a una multiplicidad de personas que se encuentran en una situación irregular en los países de destino ("indocumentados"). Respecto de estos últimos, las acciones a ser emprendidas requerirán de la subscripción de acuerdos bilaterales que permitan reducir los riesgos de una masiva expulsión. Un tema que no podrá dejarse de lado al analizar la situación de los emigrantes es aquel de las remesas; se trata, por cierto, de un asunto delicado, que involucra dimensiones micro sociales, a escala de la familia, como otras que afectan a la sociedad en su conjunto. Será preciso diseñar mecanismos de información y orientación que, sin atentar contra los derechos de los individuos, contribuyan a una utilización productiva de esos flujos monetarios. A su vez, si se produjese un retorno de una fracción importante de estos emigrantes, la eventual disminución de aquellas remesas podría ser fuente de problemas adicionales; ante tal eventualidad, los países podrían diseñar procedimientos orientados a captar, mediante convenios bilaterales o de naturaleza multinacional, recursos externos con los cuales se avance hacia una reincorporación de las personas en actividades de tipo productivo en sus países de origen.

Respecto de la distribución espacial de la población, el futuro inmediato depara un aumento de la urbanización. A lo largo de la década de los noventa, de continuar las tendencias detectadas en años recientes, la población urbana experimentaría un incremento neto de más de 5 millones de personas, mientras que la rural se acrecentaría en poco más de 3 millones; es decir, durante el decenio, el medio urbano absorbería el 60 por ciento del incremento demográfico que, según las proyecciones vigentes, ocurriría en el período. Si bien es probable que la tasa de crecimiento medio anual de las áreas urbanas tienda a aminorarse, todavía hacia fines de siglo se situará, como promedio regional, por arriba de los 30 por mil, en tanto que la rural se aproximará al 18 por mil. Además, entre los habitantes de la ciudad continuará aumentando el predominio femenino y se elevará la proporción de adultos jóvenes en edad de incorporarse a la población económicamente activa. Detrás de este tipo de elementos se oculta una importante migración desde las zonas rurales; de modo tentativo puede señalarse que, si se cumplen los supuestos de las proyecciones, la transferencia neta de población desde el campo a los centros urbanos alcanzaría a unos 1.4 millones de personas. Hacia el año 2000 los habitantes urbanos serán una mayoría en todos los países, salvo en Guatemala y Honduras, aunque respecto de este último país se ha previsto un alto ritmo de urbanización. En algunos países, como Panamá y Costa Rica, la población rural asumirá tasas

de crecimiento cercanas al 10 por mil, involucrando una fuerte migración neta negativa.

Como fuese destacado en una sección anterior, las tendencias de la urbanización centroamericana han connotado una concentración acentuada de la población en localidades de tamaño mayor, en particular en las aglomeraciones metropolitanas definidas en torno a las capitales nacionales. Aun cuando se ha supuesto, a partir de las tendencias recientes, que el peso demográfico relativo de estas grandes ciudades no aumentará desproporcionadamente durante los años noventa, es probable que en dos países ellas lleguen a contener más de la tercera parte de los respectivos habitantes nacionales y que en otros dos esa relación se acerque a una cuarta parte del total de la población. En todo caso, los antecedentes de que se dispone permiten introducir una nota de cautela acerca de la aparente inevitabilidad de la concentración, por lo menos en cuanto a sus manifestaciones absolutas. Así, si los rasgos adoptados por algunos de los países de la región durante los años ochenta se mantuviesen operando, sería factible esperar un fortalecimiento relativo de las ciudades de magnitud intermedia; probablemente, el ejemplo más definido es aquel de Honduras, cuya aglomeración capitalina ha cedido algo de su ímpetu en favor de otros centros, particularmente San Pedro Sula. Por otra parte, los desafíos que envuelve la concentración no son plenamente desconocidos en la región, aunque la envergadura de los mismos pudiera asumir dimensiones considerables. Será preciso tener en cuenta que el aumento del tamaño absoluto de las localidades urbanas, de rango metropolitano o de tipo intermedio, implicará afrontar costos elevados y crecientes a fin de atender las necesidades básicas de la población; algunos de estos requerimientos sólo supondrán incrementos en las inversiones corrientes, pero otros demandarán recursos para el establecimiento de nuevos sistemas (como en el caso de las infraestructuras de transporte y de saneamiento ambiental). Así también, los patrones físicos de la urbanización involucrarán nuevos desafíos en cuanto a los estilos de producción y consumo de espacios.

Toda vez que una sociedad se encuentre enterada de lo que probablemente ocurrirá en su futuro cercano, la misma podrá adoptar decisiones orientadas a ajustarse a las tendencias o adoptará medidas destinadas a inducir cambios en los factores intervinientes. Esta aseveración general es aplicable en el caso de las tendencias de la distribución espacial de la población de Centroamérica. Aun cuando es efectivo que la concentración demográfica en unas pocas localidades acarrea dificultades, también es cierto que ella podrían representar, dentro de un contexto proclive a una más equitativa distribución de costos y beneficios, potencialidades económicas y sociales de gran importancia. Entre éstas se cuentan las expectativas propias de economías de aglomeración y la atracción de actividades de alta productividad, en relación con las cuales sería factible generar empleos mejor remunerados, así como satisfacer necesidades que, con frecuencia, no pueden ser atendidas bajo condiciones de dispersión de población. También es imaginable el diseño de políticas encaminadas a modificar las tendencias de distribución espacial de la población. En este sentido, es importante considerar la viabilidad de medidas de reorientación de las corrientes migratorias hacia destinos distintos de los habituales o de retención de población en determinadas zonas

del territorio; de igual forma, pudieran explorarse estrategias que conduzcan a desconcentrar población. Ciertamente, las acciones pertinentes requerirían de un más profundo conocimiento sobre los factores que inciden en la movilidad o en el arraigo de las personas a través del territorio. De otro lado, los esfuerzos por promover una efectiva descentralización institucional y de las decisiones pueden coadyuvar a una importante alteración de las pautas de localización demográfica.

Como ha sido indicado, el **cambio de población** posee implicancias que trascienden la esfera demográfica, haciendo sentir sus efectos sobre distintos sectores sociales y económicos, tales como el mercado de trabajo, la salud, la educación, la vivienda y el sistema de pensiones. Estas influencias se despliegan a través de diversas vías. La primera corresponde a la población total, cuyas variaciones determinan fluctuaciones en el monto absoluto de los requerimientos a ser considerados en las instancias de programación y asignación del gasto público. Una segunda vía está representada por las diferencias en la composición de aquellas demandas según la estructura por edad de la población; las necesidades de educación, de salud, de seguridad social o de nutrición, como la oferta de fuerza de trabajo, difieren según la edad de las personas. La distribución de la población entre diferentes zonas del territorio, especialmente entre áreas urbanas y rurales, impone diferencias en la naturaleza de algunos de aquellos requerimientos y, por cierto, establece parámetros de localización de las acciones a ser emprendidas; un ejemplo ilustrativo es aquel de la vivienda. Finalmente, una cuarta vía de impacto es la relacionada con la intensidad de las propias variables del cambio de población; una fecundidad elevada implica mayores requerimientos, entre otros elementos, de atención materno infantil. Dadas estas cuatro formas de expresión de las tendencias de cambio de la población, es de interés ilustrar algunas de las repercusiones que presumiblemente adoptarán en Centroamérica durante la última década del siglo XX. Las estimaciones que se presentan a continuación se basan en diversos supuestos y no deben considerarse más que como aproximaciones a los órdenes de magnitud de los futuros requerimientos en sectores sociales seleccionados.

Respecto del mercado de trabajo puede señalarse que durante la década de los noventa se hará sentir una fuerte presión por puestos de trabajo. El ritmo de crecimiento de la **población económicamente activa (PEA)** superará, en la totalidad de la región, al incremento demográfico total, implicando tasas medias anuales que van desde el 2.5 por ciento en Panamá al 3.7 por ciento en Nicaragua. La PEA total centroamericana se acrecentará de 9.2 millones de personas en 1990 a unos 12.6 millones el año 2000. Si este incremento esperado de la PEA resulta un desafío de importancia, el mismo adquiere todavía mayores proporciones si se considera la magnitud de la subutilización actual de la fuerza de trabajo regional. Por consiguiente, una de las más urgentes tareas de los gobiernos es el diseño de adecuadas políticas de empleo que permitan incrementar el uso del potencial productivo de su población. Se trata, sin duda, de un reto que involucrará grandes esfuerzos, particularmente si se procura aprovechar esta histórica oportunidad de intenso crecimiento en la disponibilidad de mano de obra. Debe destacarse que ese incremento será diferente según el tipo de estructura por edad

predominante en cada país, aunque es posible identificar dos grandes modalidades a través de la región. En un extremo se sitúan Panamá y Costa Rica, donde los tramos de la PEA que tenderán a crecer más rápidamente corresponden a las edades adultas intermedias, básicamente personas que ya se han ido incorporando a la fuerza de trabajo. En cambio, los demás países experimentarán un incremento especialmente acelerado entre los grupos que inician su vida activa.

De acuerdo con las tendencias detectadas, es previsible que al incrementarse el grado de urbanización, especialmente entre los adultos jóvenes, se elevará la proporción de la PEA involucrada en actividades de los sectores secundario y terciario de la economía. Siguiendo este razonamiento, las proyecciones señalan que la mayor parte del crecimiento de la PEA en los años noventa se concentrará en zonas urbanas, aun cuando la oferta de mano de obra mantendrá un crecimiento importante en las zonas rurales. Esto significará, por ejemplo, que durante aquella década, las áreas urbanas de Costa Rica experimentarán una expansión promedio anual de su PEA cercana a los 22 mil efectivos, mientras que en las zonas rurales de este país el incremento no superará las 10 mil personas por año. En el caso de Honduras, donde el grado de urbanización seguirá siendo algo menor que el 50 por ciento de la población total, en lo que resta del siglo XX se estima que el aumento medio anual de la PEA urbana será de unos 47 mil individuos, en tanto que en el medio rural ese crecimiento involucrará a 20 mil personas.

Aun cuando se espera que en todos los países centroamericanos la PEA femenina crezca con mayor rapidez que la masculina durante la década de los noventa, el predominio de los hombres seguirá siendo evidente. Se estima que, todavía en el año 2000, el 77 por ciento de la fuerza de trabajo regional será masculina; es decir, las mujeres no alcanzarán a constituir un cuarto del total de la PEA. Estas cifras, correspondientes a proyecciones derivadas de fuentes convencionales de información, no permiten rescatar, con suficiente realismo, la verdadera intensidad del trabajo femenino; así lo sugieren, por ejemplo, los resultados de una encuesta demográfica realizada en Honduras, donde las mujeres que cumplían labores de tipo productivo o de servicios más allá del ámbito restringido del hogar eran considerablemente más numerosas que aquellas que se declaraban económicamente activas. Por otra parte, los datos disponibles indican que las tasas de participación femeninas en la actividad económica son sistemáticamente mayores en el medio urbano que en el rural. Entre los seis países, destaca el caso de Panamá, cuyas tasas de actividad femeninas alcanzaban los valores más altos de toda la región, previéndose que hacia el año 2000 las mujeres representarán el 28 por ciento de la PEA nacional y el 38 por ciento de la urbana. Sin duda alguna, estos antecedentes contribuyen a destacar un hecho sabido, cual es el de que uno de los componentes más serios de la deuda social de los países de Centroamérica es el relativo a la situación de la mujer en el mercado de trabajo; su participación formal aparece erosionada por un complejo de circunstancias que involucran elementos de índole cultural y expresiones concretas de la inequidad según género.

Atendiendo al carácter todavía juvenil de la estructura por edad de la población centroamericana, el sistema de **pensiones** presentaría una situación relativamente holgada en la mayoría de los países. Por lo menos, desde un punto de vista demográfico podría afirmarse que habrá una elevada proporción de personas en edad activa, a la vez que una reducida cantidad absoluta de pasivas. Sin embargo, durante el desenvolvimiento de la década de los noventa, Panamá y Costa Rica empezarán a experimentar los efectos de un proceso paulatino de envejecimiento de la población, esperándose aumentos sostenidos del índice de carga demográfica representado por la relación entre el número de pasivos pensionados y el de activos cotizantes. Así, por ejemplo, si se mantuviesen los márgenes de cobertura que el sistema ha tenido en el pasado inmediato, ese índice seguiría elevándose y su valor estimado en el año 2000 (12 por ciento) duplicaría el observado en 1980; si bien la cifra esperada hacia el término del siglo es aún reducida, en comparación con lo observado en países del Cono Sur de América Latina, su ritmo de incremento pudiera involucrar algunos desequilibrios monetarios en el sistema de pensiones, en especial si éste se basa en la modalidad de reparto. Ha de tenerse en cuenta que tanto en Costa Rica como en Panamá, el grado de cobertura del sistema de pensiones es alto y, por lo mismo, el expediente de recurrir a una ampliación en el número de cotizantes probablemente no permita paliar sus eventuales insuficiencias futuras. En cambio, la situación de los demás países centroamericanos se caracteriza por un amplio potencial de aumento en la cobertura, con lo que el sistema podría convertirse en una fuente de ahorro nacional. Pero en estos países, la proporción de trabajadores inscritos en el mercado informal, los salarios reducidos y la generalizada práctica de la evasión, atentan contra esa posibilidad de expansión de las cotizaciones; de otro lado, es probable que el incremento en la proporción de empleados en las áreas urbanas contribuya a atenuar los efectos de esas restricciones.

Como es sabido, existe una tan íntima relación entre población y **salud** que cualquier cambio en una de estas dos dimensiones ejerce directas repercusiones sobre la otra. Las acciones en el campo de la salud comprometen de modo directo las condiciones de la mortalidad, además de incidir en la fecundidad; por estas vías, esos efectos se traducen en potenciales cambios de las estructuras demográficas. Así también, desde el ángulo de la población, las implicancias sobre los requerimientos de atención sanitaria son múltiples. En primer lugar pueden mencionarse las necesidades de servicios relacionados con el embarazo y el parto. Estas tenderán a mantenerse relativamente constantes en los casos de Costa Rica y Panamá; en el primero de estos países sería preciso prever una cobertura institucional de alrededor de unos 400 mil partos en cada quinquenio de la década de los noventa. Por el contrario, en el resto de la región, pese al ritmo descendente de la fecundidad, se espera un aumento en el tamaño de las cohortes de mujeres en edad fértil, como resultado del efecto de rezago asociado con los mayores niveles reproductivos del pasado, dando lugar a incrementos en el número total de nacimientos; consiguientemente, los requerimientos de atención materno infantil se acrecentarán de modo importante a lo largo de los años noventa. Aunque sólo se tratase de mantener constante la tasa de cobertura institucional de partos sería preciso desplegar esfuerzos adicionales de gran magnitud; en El Salvador, por ejemplo, el

cumplimiento de esta meta "conservadora" significaría aumentar el número de atenciones de partos desde 64 mil anuales en 1990 a unos 78 mil en el año 2000. Ciertamente, los requerimientos serían mayores si se procurase incrementar los grados de cobertura institucional.

Con relación a las acciones destinadas a reducir la morbilidad y la mortalidad, los desafíos encarados por la región muestran también diferencias importantes. Como ya se ha indicado, en el caso de la mortalidad infantil, Costa Rica ha conseguido avances notables y aunque todavía es probable lograr progresos en la disminución de las afecciones de tipo perinatal, es claro que la mayor parte de las defunciones actuales se asocian con patologías de carácter congénito, cuyo control demanda medidas de alto costo. Mayor espacio para estrategias de naturaleza preventiva se presenta en Panamá, cuyas tasas de mortalidad infantil no han descendido en años recientes con la velocidad que lo hicieran en el pasado. Los riesgos de mortalidad infantil en Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua continúan siendo extremadamente elevados y sería de esperar que, mediante programas de orden preventivo, se logre evitar una alta proporción de las muertes infantiles derivadas de enfermedades infecto-contagiosas. Si, por el contrario, persistiesen las tendencias observadas durante los últimos decenios, hacia el año 2000 la mayoría de las defunciones seguirán siendo las de menores de 15 años, especialmente de niños de más corta edad. Por otra parte, los ritmos elevados de incremento demográfico en estos cuatro países centroamericanos, dadas las actuales condiciones epidemiológicas imperantes en ellos, llevan a sostener que, aún si se mantuviesen constantes las coberturas de atención y las razones entre los recursos disponibles por cada mil habitantes, se requerirá de importantes incrementos en cuanto a personal calificado y elementos materiales del sector salud. Por ejemplo, en El Salvador, ese objetivo indicaría la necesidad de incrementos netos, durante la última década, cercanos a un tercio de las disponibilidades de 1990. Estos aumentos, si se desea obtener efectivos progresos, deberían ser superiores al ritmo de incremento de la población total, especialmente en cuanto a personal médico y paramédico, camas de hospital e infraestructura sanitaria. Respecto de Costa Rica y Panamá, donde la menor juventud relativa de la población y el mayor avance en la transición epidemiológica dan lugar a que la mayoría de las muertes correspondan a personas de 60 y más años de edad, las presiones sobre el sector salud se manifiestan en demandas de alto costo asociadas con medicina curativa.

La principal vinculación que puede establecerse entre la dinámica demográfica y el sector de educación es aquella que se deriva de las variaciones que experimenta la magnitud de la población en edad escolar (PEE). Al analizar esta vinculación es de utilidad diferenciar la PEE según grandes niveles educativos, comenzando con el parvulario y concluyendo con el superior. En el caso de América Central el nivel pre-escolar, que hasta años recientes ha tenido un escaso desarrollo institucional, experimentará durante la década de los noventa una leve presión ascendente. Así, por ejemplo, en los casos de Costa Rica y Panamá las tasas de incremento medio anual de las cohortes de niños de 4 a 5 años serán inferiores al 8 por mil entre 1990 y 2000, pero en el primer quinquenio de la década alcanzarán magnitudes algo

mayores. En estos casos el mantenimiento de las coberturas de educación pre-primaria registradas hacia 1990 no requerirá de un aumento sustantivo en los recursos asignados; aún más, hacia el final del decenio las necesidades de enseñanza parvularia tenderán a estabilizarse. Distinta es la situación que deberán encarar los restantes países de la región, ya que en ellos cabe esperar tasas medias anuales de crecimiento de la población de 4 a 5 años de alrededor del 20 por mil. Este elevado incremento obligará a un aumento sustancial de los recursos disponibles para la educación pre-primaria si solamente se pretendiese mantener constantes las coberturas de fines de los años ochenta. Por ejemplo, en el caso de Guatemala, el cumplimiento de este objetivo implicaría que durante la década sería preciso incrementar en un 25 por ciento el número de matrículas. Tanto en este país, como en Honduras y Nicaragua la presión sobre los recursos será también más intensa en los primeros cinco años del decenio; en cambio, en El Salvador será el quinquenio final del siglo aquel que, según las proyecciones, acusará los más apremiantes requerimientos en materia de enseñanza pre-escolar.

Con relación al nivel de educación primaria, que normalmente atiende a niños que tienen entre 6 y 11 años de edad, es posible reconocer tres situaciones diferentes dentro de la región. Un primer caso, nuevamente, es aquel que conforman Panamá y Costa Rica, donde el aumento demográfico previsto implicaría que, si se mantuviesen constantes las condiciones imperantes en 1990, sólo se requeriría un aumento del 12 por ciento en el número de matrículas a lo largo de la década. Una situación distinta, otra vez, se presenta en Guatemala, Honduras y Nicaragua, donde aquel objetivo de mantener constante la cobertura de educación primaria supondría incrementos superiores al 25 por ciento en las matrículas durante el decenio. El tercer caso es el de El Salvador, debido a las particularidades sociopolíticas que le han caracterizado en los últimos decenios, donde se esperan, según las proyecciones, ciclos de crecimiento bastante más irregulares que los asociados a contingencias estrictamente demográficas; así, mientras en la primera mitad de la década de los noventa la población en edad de asistir a la escuela primaria crecería al ritmo más bajo de la región, en los cinco años siguientes la tasa de incremento pertinente asumiría los valores más elevados. De cumplirse los supuestos de las proyecciones, que procuran expresar los efectos de un gradual retorno a la "normalidad", la planificación educacional salvadoreña debería prestar una especial consideración a tan marcadas fluctuaciones en los requerimientos durante lo que resta del siglo XX y, probablemente, los inicios del siguiente.

Normalmente el nivel secundario se dirige a jóvenes de 12 a 17 años. El panorama regional en este rubro es todavía más heterogéneo. Aparentemente, durante el decenio 1990-2000 los mayores desafíos serán los que se presenten en Nicaragua, ya que su población en edad de asistir a la escuela secundaria se incrementaría en un 37 por ciento; en Guatemala y Honduras el aumento alcanzaría a un 32 por ciento. Las cifras precedentes ilustran la magnitud del esfuerzo requerido para, apenas, mantener constantes las tasas de escolaridad secundaria existentes al iniciarse la década de los noventa. Si este mismo criterio se aplicase a Costa Rica, el incremento de las matrículas secundarias durante el decenio tendría que

aproximarse a un 25 por ciento. Por su parte, en El Salvador los aumentos necesarios para lograr igual meta debieran ser del orden del 12 por ciento, valor bastante reducido que refleja los efectos de las hipótesis que sirvieron de sustento a la proyección de la población. En Panamá, por último, se espera una situación demográfica más holgada, ya que mantener la cobertura secundaria implicaría aumentar, entre 1990 y el 2000, en un 6 por ciento las matrículas de ese nivel.

Finalmente, Centroamérica deberá encarar una elevada demanda por nuevas viviendas durante la década de los noventa. Si bien este tipo de requerimientos será particularmente intenso en los cuatro países de mayor crecimiento demográfico, en Panamá y Costa Rica el paulatino engrosamiento de las edades intermedias contribuirá a que aumente la cantidad de hogares que necesitan habitación. La situación de estos dos últimos países resulta explicable por los efectos de rezago de una fecundidad que fuera más elevada en el pasado reciente y luego declinó de modo bastante pronunciado. Además, el proceso más general de cambio social, con el que se asocia este rumbo descendente de los niveles reproductivos, ha conducido hacia una sustitución progresiva de la familia extendida por una unidad de tipo nuclear, de magnitud más reducida. Por lo tanto, en todos los países de la región la presión por un aumento de la oferta residencial será significativa, pudiendo variar las características de las construcciones necesarias. A estos requerimientos, provenientes del aumento demográfico, será preciso agregar los derivados de los déficits históricos, incluyendo los vinculados con el hacinamiento, y las necesidades de reposición. Debe destacarse que la mayor parte de estas nuevas construcciones serán demandadas en zonas urbanas. Se calcula, a modo de ilustración, que en el caso de Panamá, la sola atención del crecimiento de la población urbana, sin considerar el déficit o la reposición de unidades, se expresaría en la necesidad de 8 mil viviendas adicionales, como promedio, por cada año de la década de los noventa; bajo iguales supuestos, la cifra del medio rural se reduciría a poco más de 2 mil residencias.

El conjunto de elementos precedentes tienen como propósito sólo ejemplificar, a través de ejercicios simples, algunas implicancias de las tendencias demográficas. No se trata únicamente de abstracciones numéricas; tras esas cifras se encuentran personas que componen las sociedades de Centroamérica, con todas sus especificidades económicas, políticas y culturales. Los datos proporcionados, con todas sus imperfecciones, denotan retos importantes y, en gran medida, impostergables, que no podrán pasar desapercibidos en los esfuerzos encaminados al diseño del futuro de la región. Al emprender esa tarea deberá reconocerse que es justamente en el incremento de las potencialidades humanas, a través de un auténtico proceso de transformación productiva con equidad social, donde estriban las claves fundamentales para la construcción de una nueva realidad social, económica y política.

Referencias bibliográficas.

- BID, 1987 Progreso económico y social en América Latina: Informe 1987, Washington, D.C., Banco Interamericano de Desarrollo.
- CELADE, 1989 Tendencias, perspectivas e implicaciones de la dinámica demográfica centroamericana, San José de Costa Rica, Centro Latinoamericano de Demografía (mimeo).
- CELADE, 1990a Boletín Demográfico, No. 45.
- CELADE, 1990b Boletín Demográfico, No. 46.
- CELADE, 1990c Factores sociales de riesgo de muerte en la infancia, los casos de Costa Rica, Honduras y Paraguay, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (Serie OI, No. 41; LC/DEM.G.88)
- CELADE, 1991a Boletín Demográfico, No. 47.
- CELADE, 1991b América Latina: proyecciones de población por área geográfica y de población económicamente activa, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (versión preliminar con datos actualizados, mimeo).
- CELADE, 1991c Población y transformación productiva con equidad, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (versión preliminar, mimeo).
- CEPAL, 1978 "Series históricas del crecimiento de América Latina", en Cuadernos Estadísticos de la CEPAL, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (77-9-2518).
- CEPAL, 1984 "Población y desarrollo en América Latina", en Notas de Población, No. 24:9-77.
- CEPAL, 1985a Crisis y desarrollo: presente y futuro de América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (LC/L.33 (Sem 22/3)).
- CEPAL, 1985b La pobreza en América Latina: dimensión y políticas, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (LC/G.1366).

- CEPAL, 1989 Hacia un desarrollo sostenido en América Latina y el Caribe: restricciones y requisitos, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (LC/G.1540-P).
- CEPAL, 1990a Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria para el desarrollo de América Latina y el Caribe en los años noventa, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (LC/G.1501-P).
- CEPAL, 1990b Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (LC/L.533).
- CEPAL, 1991a Nota sobre el desarrollo social en América Latina, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (LC/G.1665).
- CEPAL, 1991b La equidad en el panorama social de América Latina durante los años ochenta, Santiago de Chile, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (LC/G.1686).
- DGEG,
CELADE, 1984a Guatemala: Diferencias socioeconómicas de la mortalidad de los menores de dos años, San José de Costa Rica, Dirección General de Estadística de Guatemala/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, Serie A/1044)
- DGEG,
CELADE, 1984b Guatemala: Diferencias socioeconómicas de la fecundidad, 1959-1980, San José de Costa Rica, Dirección General de Estadística de Guatemala/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, Serie A/1045).
- DGECH, CONSUPLANE,
CELADE, 1986a Encuesta Demográfica Nacional de Honduras (EDENH-II). Migración interna, San José de Costa Rica, Dirección General de Estadística y Censos de Honduras/Consejo Superior de Planificación Económica/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, Serie A/1047/III).
- DGECH, CONSUPLANE,
CELADE, 1986b Encuesta Demográfica Nacional de Honduras (EDENH-II). Mortalidad infantil. Los riesgos de muerte infantil en diferentes contextos sociales y

geográficos, San José de Costa Rica, Dirección General de Estadística y Censos de Honduras/Consejo Superior de Planificación Económica/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, Serie A/1047/V).

DGECH, CONSUPLANE,

CELADE, 1986b Encuesta Demográfica Nacional de Honduras (EDENH-II). Fecundidad, diferencias geográficas y socio-económicas, San José de Costa Rica, Dirección General de Estadística y Censos de Honduras/Consejo Superior de Planificación Económica/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, LC/DEM/CR/G.14)

Diez de Medina, R.,

1990 Pobreza en Honduras: marco teórico y propuesta metodológica de cuantificación, Tegucigalpa, Secretaría de Planificación/Organización Internacional del Empleo/Fondo de Población de las Naciones Unidas.

Maguid, A.,

1986 "Migración y empleo en la región metropolitana de Costa Rica", en Notas de Población, No. 40:75-123.

Menjívar, R. y Trejos, J.,

1990 La pobreza en América Central, San José de Costa Rica, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

MINSAL, UCR,

CELADE, 1987 Costa Rica: los grupos sociales de riesgo para la mortalidad infantil, 1960-1984, San José de Costa Rica, Departamento Materno Infantil del Ministerio de Salud/Centro de Investigaciones Históricas/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, Serie A/1049).

MIPPE,

CELADE, 1983 Panamá: la mortalidad infantil según variables socioeconómicas y geográficas, 1966-1976, San José de Costa Rica, Ministerio de Planificación y Política Económica/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, Serie A/1043).

MIPPE,

CELADE, 1984 Panamá: el descenso de la fecundidad según variables socioeconómicas y geográficas, 1965-1977, San José de Costa Rica, Ministerio de Planificación y Política Económica/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, Serie A/1046).

- Morales, M.,
1991 Nicaragua: características socio-económicas y demográficas según estado de pobreza, Santiago de Chile, Centro Latinoamericano de Demografía (trabajo final de investigación en el Programa de Posgrado en Población y Desarrollo).
- Opazo, A. et al.,
1978 Estructura demográfica y migraciones internas en Centroamérica, San José de Costa Rica, EDUTECA.
- OPS, 1990 Las condiciones de la salud en las Américas. Edición de 1990, Washington, D.C., Organización Panamericana de la Salud (Publicación Científica No. 524).
- Pellegrino, A.,
1989 Migración internacional de latinoamericanos en las Américas, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello/Centro Latinoamericano de Demografía/Agencia Canadiense para el Desarrollo Internacional.
- PNUD, 1990 Desarrollo humano. Informe 1990, Bogotá, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, Tercer Mundo Editores.
- PREALC, 1989 Interrelaciones entre población y desarrollo. Bases para políticas de población en el istmo centroamericano, Santiago de Chile, Programa Regional del Empleo en América Latina y el Caribe (PREALC, Serie Documentos de Trabajo No. 339).
- Schroten, H.,
1987 "La migración interna en Guatemala durante el período 1976-1981", en Notas de Población, No. 43:47-97.
- UNICEF, 1991 Declaración mundial sobre la supervivencia, la protección y el desarrollo del niño. Plan de acción para la aplicación de la declaración mundial, Nueva York, Fondo de la Naciones Unidas para la Infancia.
- UNICEF, OPS y
CELADE, 1988 La mortalidad en la niñez en Centroamérica, Panamá y Belice, 1970-1985, San José de Costa Rica, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia/Organización Panamericana de la Salud/Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE, Serie OI, No. 1003; LC/DEM/CR/G.20).
- United Nations,
1989 World population at the turn of the century, New York, Department of

International Economic and Social Affairs (ST/ESA/SER.A/111).

Uthoff, A.,
1990

"Población y desarrollo en el istmo centroamericano", en Revista de la CEPAL, No. 40:139-158.

Urzúa, R.,
1979

El desarrollo y la población en América Latina, Ciudad de México, Programa de Investigaciones Sociales Relevantes para Políticas de Población y Siglo XXI Editores.

ANEXOS ESTADISTICOS Y GRAFICOS

Cuadro 1

CENTROAMERICA: PIB POR HABITANTE, TASAS DE CRECIMIENTO DEL PRODUCTO PER CAPITA Y RELACION CON EL PROMEDIO LATINOAMERICANO SEGUN PAISES, 1970-1989.

Países	PIB por habitante (US\$ de 1970)			PIB por habitante (US\$ de 1980)			Tasa de crecimiento anual del PIB por habitante (por cien). <u>a/</u>				Relación con el promedio de América Latina. <u>b/</u>				
	1950	1960	1970	1970	1980	1990	1950-60	1960-70	1970-80	1980-90	1950	1960	1970	1980	1990
Centroamérica	315	365	490	844	988	815	1.48	2.95	1.58	-1.93	0.73	0.68	0.56	0.48	0.44
Costa Rica	390	539	693	1201	1552	1474	3.24	2.51	2.57	-0.51	0.90	1.00	0.80	0.76	0.79
El Salvador	286	340	459	720	773	659	1.74	3.00	0.71	-1.59	0.66	0.63	0.48	0.38	0.35
Guatemala	319	347	448	756	983	802	0.84	2.56	2.62	-2.03	0.74	0.64	0.50	0.48	0.43
Honduras	268	261	314	551	681	571	-0.26	1.86	2.11	-1.76	0.62	0.49	0.37	0.33	0.31
Nicaragua	240	294	418	974	747	448	2.03	3.52	-2.65	-5.10	0.56	0.55	0.65	0.37	0.24
Panamá	464	565	904	1378	1766	1489	1.97	4.70	2.49	-1.71	1.07	1.05	0.91	0.86	0.80

Fuente: CEPAL (1978), CEPAL (1991c).

a/ Las tasa de crecimiento de los períodos 1950-1960 y 1960-1970 corresponde al PIB por habitante expresado en dólares constantes de 1970. Las tasas de los dos períodos siguientes corresponden al PIB por habitante expresado en dólares constantes de 1980.

b/ Relación por cociente entre el PIB por habitante de los países centroamericanos y el PIB por habitante promedio de América Latina. El PIB por habitante promedio de América Latina, expresado en US\$ constantes de 1970, era de US\$ 432 en 1950 y de US\$ 537 en 1960. El PIB por habitante promedio de América Latina, expresado en US\$ constantes de 1980, era de US\$ 1507 en 1970, de US\$ 2045 en 1980 y de US\$ 1857 en 1990.

Cuadro 2

Composición del empleo y del PIB por sector de actividad económica, según países.^{a/}

Países	Porcentaje de la Población Económicamente Activa según sector de actividad. ^{a/}														
	Primario				Secundario				Terciario						
	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980			
Centroamérica	66.0	62.5	55.8	47.9	13.9	14.6	16.2	18.1	20.1	22.8	28.0	34.0			
Costa Rica	57.5	51.1	42.5	30.7	16.7	18.4	20.0	23.2	25.8	30.5	37.5	46.1			
El Salvador	65.3	61.4	56.0	43.1	15.5	17.2	14.4	19.4	19.2	21.4	29.6	37.5			
Guatemala	68.4	66.5	61.2	56.8	13.8	13.5	17.1	17.1	17.8	20.0	21.7	26.1			
Honduras	72.2	70.3	64.9	60.4	8.9	10.6	14.1	16.2	18.9	19.1	21.0	23.4			
Nicaragua	67.8	61.8	51.5	46.5	15.2	16.0	15.5	15.8	17.0	22.2	33.0	37.7			
Panamá	56.4	51.0	41.5	31.7	13.6	14.0	17.6	18.1	30.0	35.0	40.9	50.2			
Países	Porcentaje del PIB que aporta cada sector de la actividad económica.														
	Primario					Secundario					Terciario				
	1950	1960	1970	1980	1989	1950	1960	1970	1980	1989	1950	1960	1970	1980	1989
Centroamérica	38.1	32.0	23.0	19.1	19.3	15.7	17.8	19.5	21.1	19.6	46.3	50.2	57.5	59.8	61.1
Costa Rica	38.4	29.3	20.5	15.4	16.6	17.5	18.9	20.9	26.1	25.3	44.1	51.8	58.7	58.5	58.1
El Salvador	41.0	35.7	23.5	22.4	19.3	16.8	18.2	20.6	21.4	21.5	42.3	46.1	55.8	56.2	59.3
Guatemala	35.3	33.0	21.7	17.3	19.7	15.2	15.1	15.6	16.8	16.0	49.5	51.8	62.7	65.9	64.4
Honduras	45.2	32.9	33.4	25.2	24.1	17.1	22.0	19.7	22.4	21.8	37.7	45.1	46.9	52.4	54.0
Nicaragua	35.9	28.5	21.8	20.6	20.2	13.6	17.0	26.9	27.9	23.6	50.5	54.6	51.3	51.4	56.2
Panamá	31.5	25.7	12.6	8.3	9.4	13.0	18.8	18.5	17.4	11.4	55.5	55.4	68.9	74.3	79.2

Fuente: CEPAL (1978), BID, (1987), CEPAL (1991c).

^{a/} Dentro del sector Primario se consideró a la agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca. Dentro del sector Secundario se consideró a mineras y canteras, manufacturas, construcción y servicios de agua, electricidad, gas y sanitarios. Dentro del sector Terciario se consideró al comercio, transporte, almacenamiento, comunicaciones y servicios públicos y privados.

Cuadro 3

CENTROAMERICA: SITUACION OCUPACIONAL Y POBREZA SEGUN PAISES

Países	PEA	Desempleo	Subempleo	Porcentaje de pobres en la población ^{b/}		
	(miles)	Abierto	(%PEA)	Total	Urbana	Rural
	1990	1989	1988 ^{a/}			
Centroamérica	9170	16.9	25.0	65.4	58.8	73.2
Costa Rica	1083	4.9	8.4	27.0	24.0	30.0
El Salvador	1737	25.3	24.5	86.0	80.0	92.0
Guatemala	2753	10.9	29.1	73.0	60.0	80.0
Honduras	1587	22.0	24.9	68.5	63.1	74.3
Nicaragua	1157	23.8	32.1	60.6	64.6	72.9
Panamá	853	15.6	24.7	41.0	36.0	52.0

Fuente: CELADE (1991b), CEPAL (1990), Menjivar y Trejos (1990), CEPAL (1991), Morales (1991), Díez de Medina (1990).

a/ La cifra de Nicaragua corresponde a subutilización de la fuerza de trabajo es decir desempleo más subempleo.

b/ Para Costa Rica, Guatemala, Honduras y Panamá las estimaciones se basan en la metodología de la línea de pobreza y corresponden a datos de 1988. Para El Salvador los datos corresponden a 1985. En el caso de Nicaragua los datos son de 1985 y la metodología es de Necesidades Básicas Insatisfechas.

Cuadro 4

CENTROAMERICA: POBLACION TOTAL, CRECIMIENTO RELATIVO, DENSIDAD Y DISTRIBUCION PORCENTUAL SEGUN PAISES, 1950-2000.

Países	Población total (miles de personas)							Crecimiento relativo (1950=100)							Densidad (habs. por km ²)						
	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000
Centroamérica	9109	12303	16732	22117	28891	33104	37672	100.0	135.1	183.7	242.8	317.2	363.4	413.6	18.2	24.6	33.5	44.3	57.8	66.2	75.4
Costa Rica	862	1236	1731	2285	3015	3374	3711	100.0	143.4	200.8	265.1	349.8	391.4	430.5	17.0	24.4	34.1	45.1	59.5	66.5	73.2
El Salvador	1940	2570	3588	4525	5252	5943	6739	100.0	132.5	184.9	233.2	270.7	306.3	347.4	92.2	122.1	170.5	215.1	249.6	282.4	320.3
Guatemala	2969	3964	5246	6917	9197	10621	12222	100.0	133.5	176.7	233.0	309.8	357.7	411.7	27.3	36.4	48.2	63.5	84.5	97.5	112.2
Honduras	1401	1935	2627	3662	5138	5968	6846	100.0	138.1	187.5	261.4	366.7	426.0	488.7	12.5	17.3	23.4	32.7	45.8	53.2	61.1
Nicaragua	1098	1493	2053	2771	3871	4539	5261	100.0	136.0	187.0	252.4	352.6	413.4	479.1	8.4	11.5	15.8	21.3	29.8	34.9	40.5
Panamá	839	1105	1487	1957	2418	2659	2893	100.0	131.7	177.2	233.3	288.2	316.9	344.8	10.9	14.3	19.3	25.4	31.4	34.5	37.5
Distribución Relativa (porcentajes)																					
	Países	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000													
	Centroamérica	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0													
	Costa Rica	9.5	10.0	10.3	10.3	10.4	10.2	9.9													
	El Salvador	21.3	20.9	21.4	20.5	18.2	18.0	17.9													
	Guatemala	32.6	32.2	31.4	31.3	31.8	32.1	32.4													
	Honduras	15.4	15.7	15.7	16.6	17.8	18.0	18.2													
	Nicaragua	12.1	12.1	12.3	12.5	13.4	13.7	14.0													
	Panamá	9.2	9.0	8.9	8.8	8.4	8.0	7.7													

Fuente: CELADE (1990a).

Cuadro 5

CENTROAMERICA: TASAS MEDIAS ANUALES DE NATALIDAD, MORTALIDAD, MIGRACION Y CRECIMIENTO DEMOGRAFICO SEGUN PAISES, VALORES QUINQUENALES, 1950-2000.

Países	1950-55	1955-60	1960-65	1965-70	1970-75	1975-80	1980-85	1985-90	1990-95	1995-2000
A. Tasas brutas de natalidad (por mil)										
Centroamérica	49.62	49.09	47.76	45.32	42.99	41.29	39.30	37.41	35.42	33.10
Costa Rica	47.33	48.23	45.31	38.32	31.50	31.69	30.19	28.31	25.52	23.17
El Salvador	48.30	49.11	47.80	45.46	42.81	41.37	37.96	36.32	36.04	34.81
Guatemala	51.27	49.38	47.81	45.60	44.55	44.30	42.68	40.77	38.66	36.34
Honduras	51.38	51.31	51.15	50.14	48.67	43.79	42.30	39.80	37.06	33.80
Nicaragua	54.13	52.14	50.33	48.38	46.79	45.58	44.21	41.80	38.70	35.41
Panamá	40.30	41.01	40.84	39.31	35.73	30.99	28.01	26.68	24.93	22.82
B. Tasas brutas de mortalidad (por mil)										
Centroamérica	20.09	17.94	15.66	13.47	11.46	10.34	9.09	7.71	6.69	6.07
Costa Rica	12.64	10.98	9.18	7.28	5.83	4.96	4.16	3.97	4.02	4.16
El Salvador	19.89	17.41	14.79	12.54	10.79	10.99	10.79	8.40	6.81	6.36
Guatemala	22.38	20.58	18.26	15.89	13.38	11.95	10.46	8.92	7.63	6.66
Honduras	22.31	20.30	18.13	15.85	13.62	11.17	9.08	8.07	7.16	6.40
Nicaragua	22.60	19.68	17.01	14.64	12.61	11.61	9.69	7.98	6.65	5.74
Panamá	13.18	10.94	9.58	8.43	7.32	6.00	5.38	5.16	5.15	5.23
C. Tasas de migración internacional (por mil)										
Centroamérica	-0.33	-0.34	-0.94	-1.64	-3.34	-3.76	-4.08	-2.48	-1.54	-1.22
Costa Rica	0.00	0.00	0.00	0.00	0.00	3.01	3.01	2.01	1.01	0.00
El Salvador	-2.03	-1.91	-1.73	2.42	-6.12	-9.93	-16.75	-8.60	-4.51	-3.34
Guatemala	0.00	0.00	-1.20	-2.08	-3.61	-4.71	-4.09	-3.09	-2.29	-1.66
Honduras	2.36	2.00	0.86	-7.19	-3.24	1.89	2.60	0.00	0.00	0.00
Nicaragua	-1.32	-1.35	-1.53	-1.95	-2.30	-5.94	-1.35	-0.29	-0.24	-0.21
Panamá	-1.17	-1.02	-1.57	-1.35	-1.25	-1.09	-0.96	-0.87	-0.78	-0.72
D. Tasas medias anuales de crecimiento de la población (por mil)										
Centroamérica	29.20	30.80	31.17	30.20	28.19	27.52	26.12	27.22	27.19	25.81
Costa Rica	34.69	37.25	36.13	31.04	25.68	29.75	29.03	26.34	22.50	19.01
El Salvador	26.37	29.79	31.28	35.34	25.90	20.45	10.42	19.33	24.71	25.11
Guatemala	28.89	28.80	28.35	27.62	27.56	27.64	28.13	28.76	28.74	28.03
Honduras	31.43	33.01	33.88	27.10	31.81	34.50	35.83	31.73	29.90	27.40
Nicaragua	30.21	31.11	31.78	31.78	31.88	28.03	33.17	33.53	31.80	29.46
Panamá	25.95	29.04	29.69	29.54	27.16	27.60	21.66	20.66	19.00	16.87

Fuente: CELADE (1990a)

Cuadro 6

CENTROAMÉRICA: ESTIMACIONES DE MIGRACION NETA INTERNACIONAL SEGUN PAISES, 1950-2000 (miles de personas por quinquenio).a/

Países	1950-55	1955-60	1960-65	1965-70	1970-75	1975-80	1980-85	1985-90	1990-95	1995-2000
Centroamérica	-15	-20	-60	-130	-295	-390	-485	-335	-240	-215
Costa Rica	0	0	0	0	0	30	35	30	15	0
El Salvador	-20	-25	-25	40	-115	-215	-390	-215	-125	-105
Guatemala	0	0	-25	-50	-100	-150	-150	-135	-115	-95
Honduras	20	20	10	-90	-45	30	50	0	0	0
Nicaragua	-10	-10	-10	-20	-25	-75	-20	-5	-5	-5
Panamá	-5	-5	-10	-10	-10	-10	-10	-10	-10	-10

Fuente: CELADE (1990a)

a/ Las cifras corresponden a la migración neta considerada en las estimaciones y proyecciones de población del CELADE.

Cuadro 7

CENTROAMERICA: TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD, ESPERANZA DE VIDA AL NACER Y TASA DE MORTALIDAD INFANTIL POR QUINQUENIO, SEGUN PAISES, 1950-2000.

Países	1950-55	1955-60	1960-65	1965-70	1970-75	1975-80	1980-85	1985-90	1990-95	1995-2000
A. Tasa global de fecundidad (número de hijos por mujer)										
Centroamérica	6.82	6.92	6.92	6.63	6.20	5.81	5.42	5.04	4.64	4.22
Costa Rica	6.72	7.11	6.95	5.80	4.34	3.89	3.50	3.26	3.02	2.81
El Salvador	6.46	6.81	6.85	6.62	6.10	5.70	5.21	4.86	4.51	4.16
Guatemala	7.09	6.93	6.85	6.60	6.45	6.40	6.12	5.77	5.36	4.90
Honduras	7.05	7.18	7.36	7.42	7.38	6.58	6.16	5.55	4.94	4.34
Nicaragua	7.33	7.33	7.33	7.10	6.71	6.31	5.94	5.50	5.01	4.50
Panamá	5.68	5.89	5.92	5.62	4.94	4.06	3.46	3.14	2.87	2.65
B. Esperanza de vida al nacer (en años)										
Centroamérica	45.48	48.32	51.43	54.51	57.63	59.41	61.79	64.72	67.19	68.89
Costa Rica	57.26	60.15	63.02	65.64	68.08	70.80	73.53	74.67	75.19	75.60
El Salvador	45.26	48.57	52.34	55.92	58.75	57.42	57.15	62.15	66.40	68.00
Guatemala	42.09	44.19	47.03	50.12	54.00	56.39	58.98	61.99	64.81	67.19
Honduras	42.31	44.99	47.94	50.89	53.96	57.65	61.94	63.95	65.80	67.47
Nicaragua	42.28	45.40	48.51	51.61	54.70	56.26	59.81	63.26	66.22	68.50
Panamá	55.26	59.34	61.99	64.27	66.34	69.19	70.98	72.08	72.79	73.30
C. Tasa de mortalidad infantil (por mil nacidos vivos)										
Centroamérica	145.72	131.45	116.79	102.51	88.37	76.73	65.01	53.37	44.09	37.84
Costa Rica	93.78	87.68	81.29	67.67	52.55	36.56	23.28	19.4	16.65	14.8
El Salvador	151.06	137.03	122.67	110.31	99.01	87.28	76.98	57.4	42.76	37.28
Guatemala	140.55	131.05	118.99	107.64	95.07	82.35	70.39	58.71	48.48	40.27
Honduras	195.74	172.01	147.19	123.74	100.56	89.82	78.43	68.37	59.71	52.17
Nicaragua	167.37	148.28	130.86	114.8	99.89	92.96	76.44	61.62	49.85	41.28
Panamá	93.04	74.91	62.69	51.6	42.82	31.57	25.65	22.67	20.79	19.47

Fuente: CELADE (1990a).

Cuadro 8

CENTROAMERICA: POBLACION POR GRANDES GRUPOS DE EDAD, SEGUN PAISES, 1950-2000.

Países	Miles de personas							Porcentaje de la Poblacion total						
	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000
A. Grupo de 0-4 años														
Centroamérica	1623	2258	2894	3838	4705	5174	5568	17.8	18.4	17.3	17.4	16.3	15.6	14.8
Costa Rica	156	244	285	325	394	401	404	18.1	19.7	16.5	14.2	13.1	11.9	10.9
El Salvador	326	410	490	790	840	952	1050	16.8	16.0	13.7	17.5	16.0	16.0	15.6
Guatemala	546	751	954	1271	1608	1788	1961	18.4	18.9	18.2	18.4	17.5	16.8	16.0
Honduras	254	365	515	662	874	960	1019	18.1	18.9	19.6	18.1	17.0	16.1	14.9
Nicaragua	202	296	395	517	690	764	824	18.4	19.8	19.2	18.7	17.8	16.8	15.7
Panamá	139	192	255	273	299	309	310	16.6	17.4	17.1	14.0	12.4	11.6	10.7
B. Grupo de 5-19 años														
Centroamérica	3307	4523	6480	8577	10978	12322	13704	36.3	36.8	38.7	38.8	38.0	37.2	36.4
Costa Rica	305	457	703	839	981	1094	1161	35.4	37.0	40.6	36.7	32.5	32.4	31.3
El Salvador	705	939	1390	1789	2116	2283	2482	36.3	36.5	38.7	39.5	40.3	38.4	36.8
Guatemala	1086	1461	2021	2643	3556	4088	4627	36.6	36.9	38.5	38.2	38.7	38.5	37.9
Honduras	523	704	988	1467	2007	2266	2555	37.3	36.4	37.6	40.1	39.1	38.0	37.3
Nicaragua	402	565	824	1103	1506	1752	2004	36.6	37.8	40.1	39.8	38.9	38.6	38.1
Panamá	286	397	554	736	812	839	875	34.1	35.9	37.3	37.6	33.6	31.6	30.2
C. Grupo de 20-59 años														
Centroamérica	3765	4943	6437	8647	11659	13751	16209	41.3	40.2	38.5	39.1	40.4	41.5	43.0
Costa Rica	351	475	659	995	1448	1645	1871	40.7	38.4	38.1	43.5	48.0	48.8	50.4
El Salvador	817	1076	1380	1727	1996	2354	2791	42.1	41.9	38.5	38.2	38.0	39.6	41.4
Guatemala	1210	1581	2042	2694	3566	4174	4962	40.8	39.9	38.9	38.9	38.8	39.3	40.6
Honduras	578	791	1012	1363	2003	2443	2917	41.3	40.9	38.5	37.2	39.0	40.9	42.6
Nicaragua	447	573	754	1044	1508	1821	2187	40.7	38.4	36.7	37.7	39.0	40.1	41.6
Panamá	362	447	590	824	1138	1314	1481	43.1	40.5	39.7	42.1	47.1	49.4	51.2
D. Grupo de 60 años y más														
Centroamérica	248	328	470	674	1002	1229	1482	2.7	2.7	2.8	3.0	3.5	3.7	3.9
Costa Rica	43	54	76	126	193	234	276	5.0	4.4	4.4	5.5	6.4	6.9	7.4
El Salvador	91	109	162	219	299	355	418	4.7	4.3	4.5	4.8	5.7	6.0	6.2
Guatemala	127	173	229	310	467	571	672	4.3	4.4	4.4	4.5	5.1	5.4	5.5
Honduras	46	75	111	171	255	300	355	3.3	3.9	4.2	4.7	5.0	5.0	5.2
Nicaragua	45	59	80	108	167	204	247	4.1	3.9	3.9	3.9	4.3	4.5	4.7
Panamá	52	69	87	122	170	197	228	6.1	6.2	5.8	6.2	7.0	7.4	7.9

Fuente: CELADE (1990a).

Cuadro 9

CENTROAMERICA: POBLACION URBANA Y RURAL SEGUN PAISES, 1950-2000 (miles de personas).

Países	Población urbana							Población rural						
	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000
Centroamérica	2640	4135	6288	9167	12880	15365	18180	6469	8168	10444	12949	16009	17741	19493
Costa Rica	289	423	669	984	1407	1638	1870	573	813	1062	1300	1607	1737	1841
El Salvador	693	951	1414	1947	2460	2903	3423	1247	1619	2174	2578	2792	3040	3316
Guatemala	727	1288	1803	2574	3501	4108	4817	2242	2676	3443	4342	5696	6513	7405
Honduras	246	425	736	1276	2093	2649	3299	1155	1510	1891	2387	3045	3319	3548
Nicaragua	384	591	964	1416	2140	2615	3146	714	902	1088	1355	1730	1925	2115
Panamá	301	457	702	970	1279	1452	1625	538	648	786	987	1139	1207	1268

Fuente: CELADE, (1991a)

Cuadro 10

CENTROAMERICA: TASAS MEDIAS ANUALES DE CRECIMIENTO DE LA POBLACION URBANA Y RURAL SEGUN PAISES, 1950-2000 (tasas por mil).

Países	Tasa media anual de crecimiento de la población urbana.						Tasa media anual de crecimiento de la población rural.					
	1950-60	1960-70	1970-80	1980-90	1990-95	1995-2000	1950-60	1960-70	1970-80	1980-90	1990-95	1995-2000
Centroamérica	44.87	41.92	37.70	34.01	35.28	33.65	23.32	24.58	21.50	21.21	20.55	18.84
Costa Rica	38.09	45.84	38.58	35.76	30.40	26.49	34.98	26.72	20.22	21.20	15.56	11.63
El Salvador	31.65	39.67	31.99	23.39	33.12	32.95	26.11	29.48	17.04	7.97	17.02	17.38
Guatemala	57.19	33.64	35.60	30.76	31.98	31.84	17.70	25.20	23.20	27.14	26.81	25.67
Honduras	54.68	54.91	55.03	49.49	47.12	43.89	26.80	22.50	23.29	24.35	17.23	13.34
Nicaragua	43.12	48.93	38.45	41.30	40.09	36.97	23.37	18.75	21.95	24.43	21.36	18.83
Panamá	41.76	42.93	32.34	27.65	25.37	22.51	18.60	19.31	22.77	14.32	11.60	9.86

Fuente: CELADE, (1991a)

Cuadro 11.

CENTROAMERICA: INDICADORES BASICOS DE URBANIZACION SEGUN PAISES, 1950-2000 (porcentajes) a/.

Países	Grado de urbanización (porcentaje).							Ritmo de urbanización (por mil).					
	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000	1950-60	1960-70	1970-80	1980-90	1990-95	1995-2000
Centroamérica	29.0	33.6	37.6	41.4	44.6	46.4	48.3	29.6	22.3	19.6	14.6	8.0	7.8
Costa Rica	33.5	34.2	38.6	43.1	46.7	48.5	50.4	2.1	12.2	10.9	8.0	7.8	7.5
El Salvador	35.7	37.0	39.4	43.0	46.8	48.8	50.8	3.5	6.3	8.8	8.5	8.4	7.8
Guatemala	24.5	32.5	34.4	37.2	38.1	38.7	39.4	28.3	5.6	8.0	2.3	3.2	3.8
Honduras	17.6	22.0	28.0	34.8	40.7	44.4	48.2	22.4	24.3	21.8	15.6	17.2	16.4
Nicaragua	35.0	39.6	47.0	51.1	55.3	57.6	59.8	12.4	17.1	8.4	7.9	8.2	7.5
Panamá	35.9	41.4	47.2	49.6	52.9	54.6	56.2	14.2	13.2	4.9	6.5	6.4	5.6

Fuente: CELADE, (1991a)

a/ El grado de urbanización es expresado por el porcentaje de la población total que reside en localidades urbanas; el ritmo de urbanización corresponde a la tasa de crecimiento medio anual del porcentaje urbano, que es equivalente a la diferencia entre la tasa de crecimiento de la población urbana y la de la población total.

Cuadro 12

CENTROAMERICA: POBLACION DE LAS PRINCIPALES AGLOMERACIONES METROPOLITANAS 1950, 1970, 1990 Y 2000

Países	Agglomeraciones Metropolitanas Principales	Población (miles de habitantes)				Tasa de crecimiento medio anual (por mil)			Porcentaje de la población nacional			
		1950	1970	1990	2000	1950-70	1970-90	1990-2000	1950	1970	1990	2000
Costa Rica	San José	190	425	1000	1270	40.3	42.8	23.9	22.0	24.6	33.2	34.2
El Salvador	San Salvador	185	470	1150	1500	46.6	44.7	26.6	9.53	13.1	21.9	22.3
Guatemala	Cd. de Guatemala	300	720	1400	1850	43.8	33.3	27.9	10.1	13.7	15.2	15.1
Honduras	Tegucigalpa	75	270	670	950	64.1	45.4	34.9	5.35	10.3	13.0	13.9
Nicaragua	Managua	115	410	900	1200	63.6	39.3	28.8	10.4	20.0	23.2	22.8
Panamá	Cd. de Panamá	180	455	835	1050	46.4	30.4	22.9	21.4	30.6	34.5	36.3

Fuente: CELADE sobre la base de datos nacionales.

Cuadro 13

CENTROAMERICA: DIFERENCIAS DE FECUNDIDAD Y MORTALIDAD INFANTIL SEGUN CONTEXTOS ESPACIALES Y ESTRATOS SOCIO-OCUPACIONALES EN PAISES SELECCIONADOS, 1960-1980.

Contextos espaciales y estratos socio-ocupacionales	Tasa Gobal de Fecundidad						Indicador de mortalidad infantil ^{a/}					
	Guatemala		Honduras		Panamá		Guatemala		Honduras		Panamá	
	1960-65	1975-80	1960-65	1975-80	1960-65	1975-80	1960-65	1975-80	1960-65	1975-80	1960-65	1975-80
País	6.9	6.4	7.5	6.5	5.3	3.9	149	118	110	82	49	29
Contextos espaciales												
Area Metropolitana		3.9			4.0	3.0	86	71			29	13
Ciudades Principales	5.5	4.5	5.2	3.7	4.7	3.4	125	96	81	57	39	28
Resto Urbano		5.6	7.1	5.2	5.8	4.3	143	103	99	77	48	30
Rural Periurbano		6.6			6.4	5.2	148	121			54	34
Rural Distante	7.1	7.3	7.7	8.5	7.4	6.7	159	124	119	92	78	48
Estratos socio-ocupacionales												
Medio Alto		3.8	5.5	3.8	3.8	2.9	64	55	65	44	27	17
Asalariado No Agrícola		5.4			5.2	3.9	121	97			41	21
No Asalariado No Agrícola	6.1	4.9	6.7	5.5	5.3	4.0	151	116	105	74	42	27
Asalariado Agrícola	7.5	7.2	7.9	8.0	7.1	6.0	173	137	119	99	61	42
No Asalariado Agrícola		7.1	8.8	8.8	7.1	6.6	151	116	130	105	71	49
Población Indígena	6.7	6.7			6.0	6.3	171	128				

Fuente: DGEC y CELADE (1984) para Guatemala; DGEC, CONSUPLANE y CELADE (1986) para Honduras; MIPPE y CELADE (1983 y 1984) para Panamá.

^{a/} El indicador de mortalidad infantil utilizado en Guatemala es la probabilidad de morir antes de enterar el segundo año de vida; en Honduras y Panamá se usa la tasa convencional de mortalidad infantil.

Cuadro 14

**COSTA RICA Y GUATEMALA: INDICADORES SOCIODEMOGRAFICOS ANUALES SEGUN
ESTRATOS DE POBREZA a/**

País e indicador	E S T R A T O			País
	Indigentes	Pobres	No pobres	
COSTA RICA				
% población	9	18	73	100
Tasa de natalidad (por mil)	30	32	25	27
Tasa de mortalidad (por mil)	7	5	4	5
Tasa de crecimiento natural (por mil)	23	27	21	22
Tasa global de fecundidad	4.5	4.1	2.7	3.2
Esperanza de vida al nacer (años)	71	73	76	75
% nacimientos anuales	10	21	69	100
% muertes anuales	14	20	66	100
Estructura de edad (por cien)				
0-19	57	55	42	46
20-59	34	38	51	47
60 y más	9	7	7	7
Total	100	100	100	100
Relación de dependencia (por cien)	195	164	97	114
Tamaño de hogar (personas)	5.1	5.0	4.4	4.6
Tasa bruta de participación económica (por cien)	20	23	41	36
Estructura ocupacional (por cien)				
Asalariados	55	74	71	71
Cuenta propia	25	17	20	19
Trab. familiar no remun.	15	7	4	5
Otro	5	2	5	5
Total	100	100	100	100

Cuadro 14 (Continuación)

COSTA RICA Y GUATEMALA: INDICADORES SOCIODEMOGRAFICOS ANUALES SEGUN
ESTRATOS DE POBREZA a/

País e indicador	E S T R A T O			País
	Indigentes	Pobres	No pobres	
GUATEMALA				
% población	48	25	27	100
% indígenas sobre estrato	55	38	23	42
Tasa de natalidad (por mil)	44	34	30	38
Tasa de mortalidad (por mil)	10	9	7	9
Tasa de crecimiento natural (por mil)	34	25	23	29
Tasa global de fecundidad	6.7	4.7	3.6	5.9
Esperanza de vida al nacer (años)	60	63	71	62
% nacimientos anuales	56	22	22	100
% muertes anuales	55	25	20	100
Estructura de edad (por cien)				
0-19	62	56	47	56
20-59	34	39	46	39
60 y más	4	5	7	5
Total	100	100	100	100
Relación de dependencia (por cien)	196	159	116	160
Tamaño de hogar (personas)	6.0	5.4	4.4	5.3
Tasa bruta de participación económica (por cien)	26	33	43	32
Estructura ocupacional (por cien)				
Asalariados	41	54	53	49
Cuenta propia	35	30	31	32
Trab. familiar no remun.	24	14	11	17
Otro	0	2	5	2
Total	100	100	100	100

Fuente: CELADE, CEPAL.

a/: Costa Rica, 1988; Guatemala, 1986-1987.

Cuadro 15

CENTROAMERICA: POBLACION EN EDAD ACTIVA SEGUN PAISES, 1960, 1990, 2000.^{a/}

Países	Población en edad activa (miles de personas)			Porcentaje de la población total.		
	1960	1990	2000	1960	1990	2000
Centroamérica	6319	15374	20972	51.4	53.2	55.7
Costa Rica	611	1796	2324	49.4	59.6	62.6
El Salvador	1335	2724	3660	51.9	51.9	54.3
Guatemala	2034	4726	6519	51.3	51.4	53.3
Honduras	1017	2679	3792	52.6	52.1	55.4
Nicaragua	742	1992	2851	49.7	51.5	54.2
Panamá	580	1457	1826	52.5	60.3	63.1
Países	Incremento medio anual (miles de personas).		Índice de dependencia.			
	1960-1990	1990-2000	1960	1990	2000	
Centroamérica	302	560	94.7	87.9	79.6	
Costa Rica	40	53	102.3	67.9	59.7	
El Salvador	46	94	92.5	92.8	84.1	
Guatemala	90	179	94.9	94.6	87.5	
Honduras	55	111	90.3	91.8	80.5	
Nicaragua	42	86	101.2	94.3	84.5	
Panamá	29	37	90.5	66.0	58.4	

Fuente: CELADE (1990a).

^{a/} La población en edad activa corresponde al total de personas de 15 a 64 años. El índice de dependencia consiste en una relación por cociente entre la población que se encuentra en los tramos de edades inactivas (menores de 15 años y mayores de 64 años) y aquella ubicada dentro del rango de edades activas (15-64 años); se le expresa en términos del número de inactivos por cada cien activos.

Cuadro 16

CENTROAMERICA: POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA SEGUN PAISES, 1990 y 2000.^{a/}

Países	Población económicamente activa (miles de personas de 15 años y más)		Porcentaje de la población total	
	1990	2000	1990	2000
Centroamérica	9170	12584	31.7	33.4
Costa Rica	1083	1401	35.9	62.6
El Salvador	1737	2345	33.1	54.3
Guatemala	2753	3799	29.9	53.3
Honduras	1587	2260	30.9	55.4
Nicaragua	1157	1683	29.9	54.2
Panamá	853	1096	35.3	63.1
Países	Incremento medio anual (miles de personas).		Indice de dependencia.	
	1990-2000		1990	2000
Centroamérica	341		178.6	178.4
Costa Rica	32		177.7	179.4
El Salvador	61		168.0	168.0
Guatemala	105		182.3	183.6
Honduras	67		179.4	178.2
Nicaragua	53		181.2	179.1
Panamá	24		184.3	180.8

Fuente: CELADE (1991b).

^{a/} El índice de dependencia consiste en una relación por cociente entre la población de 15 años y más económicamente inactiva y la población de 15 años y más económicamente activa; se le expresa como el número de inactivos por cada por cada cien activos.

Cuadro 17

CENTROAMERICA: POBLACION DE LA TERCERA EDAD (65-74 años) SEGUN PAISES, 1950-2000

Países	Población de 65 a 74 años (miles de personas).							Porcentaje de la población total.						
	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000
Centroamérica	177.3	245.3	347.6	473.3	694.9	842.2	996.6	1.9	2.0	2.1	2.1	2.4	2.5	2.6
Costa Rica	21.6	27.5	38.3	56.2	85.9	104.2	123.8	2.5	2.2	2.2	2.5	2.8	3.1	3.3
El Salvador	37.4	49.0	74.6	101.3	138.1	163.7	190.6	1.9	1.9	2.1	2.2	2.6	2.8	2.8
Guatemala	56.1	77.2	107.2	134.8	204.3	259.8	312.6	1.9	1.9	2.0	1.9	2.2	2.4	2.6
Honduras	19.5	33.3	50.2	79.3	114.7	133.4	157.7	1.4	1.7	1.9	2.2	2.2	2.2	2.3
Nicaragua	20.8	26.4	36.6	49.5	75.7	94.3	112.1	1.9	1.8	1.8	1.8	2.0	2.1	2.1
Panamá	21.9	31.9	40.7	52.2	76.2	86.8	99.8	2.6	2.9	2.7	2.7	3.2	3.3	3.4
Países	Incremento medio anual (miles de personas).													
	1950-60	1960-70	1970-80	1980-90	1990-95	1995-2000								
Centroamérica	6.8	10.2	12.6	22.2	29.5	30.9								
Costa Rica	0.6	1.1	1.8	3.0	3.7	3.9								
El Salvador	1.2	2.6	2.7	3.7	5.1	5.4								
Guatemala	2.1	3.0	2.8	7.0	11.1	10.6								
Honduras	1.4	1.7	2.9	3.5	3.7	4.9								
Nicaragua	0.6	1.0	1.3	2.6	3.7	3.6								
Panamá	1.0	0.9	1.2	2.4	2.1	2.6								

Fuente: CELADE (1990a).

Cuadro 17 (continuación)

CENTROAMERICA: POBLACION DE LA TERCERA EDAD (75 años y más) SEGUN PAISES, 1950-2000

Países	Población 75 años y más (miles de personas).							Porcentaje de la población total.						
	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000	1950	1960	1970	1980	1990	1995	2000
Centroamérica	70.8	82.2	122.4	200.5	307.3	386.4	485.0	0.8	0.7	0.7	0.9	1.1	1.2	1.3
Costa Rica	4.7	5.5	7.9	26.2	41.9	52.6	64.8	0.5	0.4	0.5	1.1	1.4	1.6	1.7
El Salvador	22.0	17.3	25.7	36.8	55.4	71.7	90.3	1.1	0.7	0.7	0.8	1.1	1.2	1.3
Guatemala	19.5	27.6	41.9	62.5	87.9	109.2	142.6	0.7	0.7	0.8	0.9	1.0	1.0	1.2
Honduras	7.4	10.9	17.1	29.8	53.4	66.0	79.0	0.5	0.6	0.7	0.8	1.0	1.1	1.2
Nicaragua	6.6	8.3	12.0	17.3	29.4	38.4	51.2	0.6	0.6	0.6	0.6	0.8	0.8	1.0
Panamá	10.6	12.6	17.8	27.9	39.3	48.5	57.1	1.3	1.1	1.2	1.4	1.6	1.8	2.0
Países	Incremento medio anual (miles de personas).													
	1950-60	1960-70	1970-80	1980-90	1990-95	1995-2000								
Centroamérica	1.1	4.0	7.8	10.7	15.8	19.7								
Costa Rica	0.1	0.2	1.8	1.6	2.1	2.4								
El Salvador	-0.5	0.8	1.1	1.9	3.3	3.7								
Guatemala	0.8	1.4	2.1	2.5	4.3	6.7								
Honduras	0.4	0.6	1.3	2.4	2.5	2.6								
Nicaragua	0.2	0.4	0.5	1.2	1.8	2.6								
Panamá	0.2	0.5	1.0	1.1	1.8	1.7								

Fuente: CELADE (1990a).

Cuadro 18

CENTROAMERICA: POBLACION EN EDADES DE INGRESO A NIVELES EDUCATIVOS PREESCOLAR, PRIMARIO Y SECUNDARIO SEGUN PAISES, 1950-2000.
(en miles de personas)

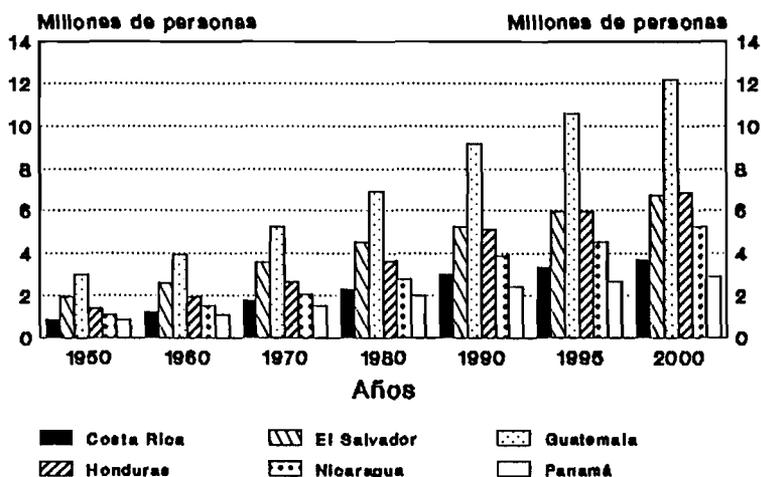
Niveles y Países	Población en edad de asistir a niveles escolares.					Tasa de incremento medio anual			
	1980	1985	1990	1995	2000	1980-85	1985-90	1990-95	1995-2000
A. Nivel pre-escolar (4-5 años de edad)									
Centroamérica	1413	1585	1761	1952	2132	22.96	21.03	20.60	17.66
Costa Rica	117	140	153	160	161	36.38	17.22	9.61	0.64
El Salvador	294	308	315	351	399	9.54	4.49	21.59	25.31
Guatemala	455	527	594	668	741	29.34	23.86	23.30	20.76
Honduras	250	282	329	363	394	23.98	30.40	20.02	16.16
Nicaragua	188	218	255	288	315	29.98	31.55	24.08	17.91
Panamá	109	109	115	122	124	0.09	10.32	11.71	2.84
B. Nivel primario (6-11 años de edad)									
Centroamérica	3788	4281	4798	5342	5916	24.47	22.80	21.48	20.41
Costa Rica	333	373	428	465	479	22.69	27.51	16.58	5.93
El Salvador	795	869	907	956	1076	17.80	8.56	10.52	23.65
Guatemala	1176	1379	1588	1798	2020	31.85	28.22	24.84	23.28
Honduras	672	765	874	996	1102	25.92	26.64	26.13	20.23
Nicaragua	494	571	671	779	874	28.97	32.28	29.85	23.01
Panamá	318	324	330	348	365	3.74	3.67	10.62	9.54
C. Nivel secundario (12-17 años)									
Centroamérica	3178	3607	4103	4630	5170	25.32	25.77	24.17	22.06
Costa Rica	342	339	365	422	458	-1.76	14.78	29.02	16.37
El Salvador	663	728	820	881	921	18.71	23.80	14.35	8.88
Guatemala	965	1107	1305	1519	1729	27.46	32.91	30.37	25.90
Honduras	526	652	744	840	968	42.95	26.40	24.27	28.37
Nicaragua	401	470	548	644	753	31.75	30.71	32.28	31.27
Panamá	281	311	321	324	341	20.29	6.33	1.86	10.23

Fuente: CELADE (1990a)

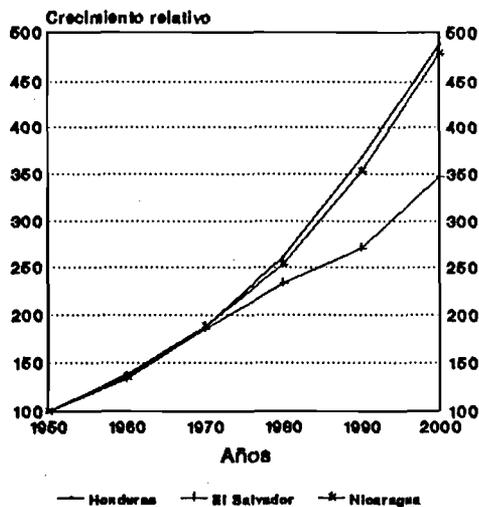
Nota: Los grupos de edades que corresponden a cada nivel educacional difieren según los países. Sin embargo las delimitaciones etáreas realizadas en el cuadro son las más comunes en Centroamérica y son, además, las utilizadas en las proyecciones de población escolar del CELADE.

Figura 1
CENTROAMERICA: CRECIMIENTO DE LA POBLACION SEGUN PAISES, 1950-2000

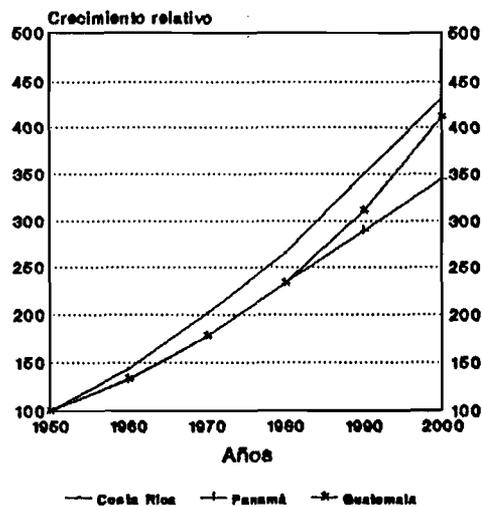
CENTROAMERICA: EVOLUCION DEL TAMAÑO DE LA POBLACION SEGUN PAISES 1950-2000



CENTROAMERICA: CRECIMIENTO DE DE LA POBLACION SEGUN PAISES (1950-100)

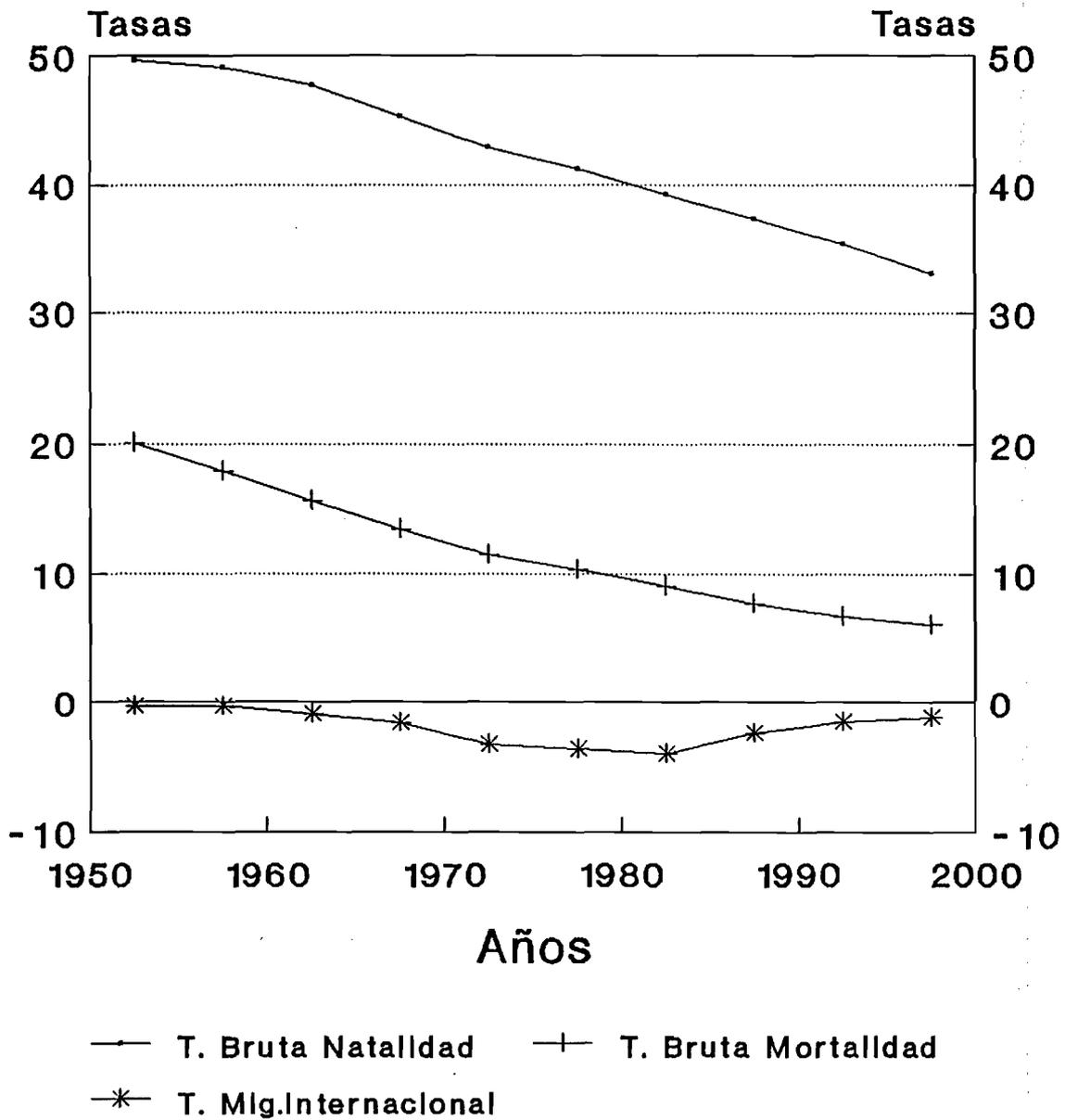


CENTROAMERICA: CRECIMIENTO DE DE LA POBLACION SEGUN PAISES (1950-100)



FUENTE: CUADRO 4

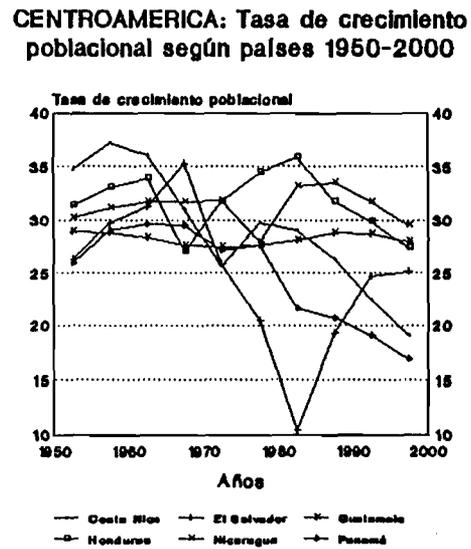
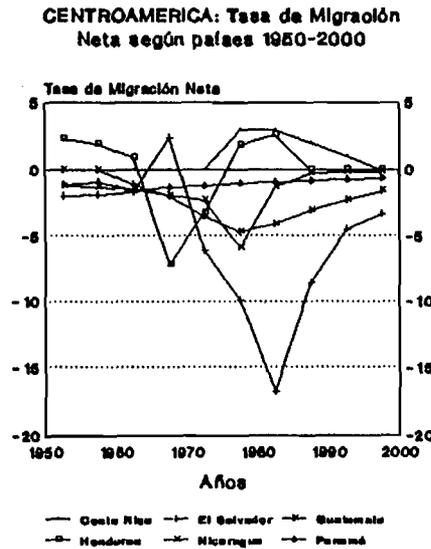
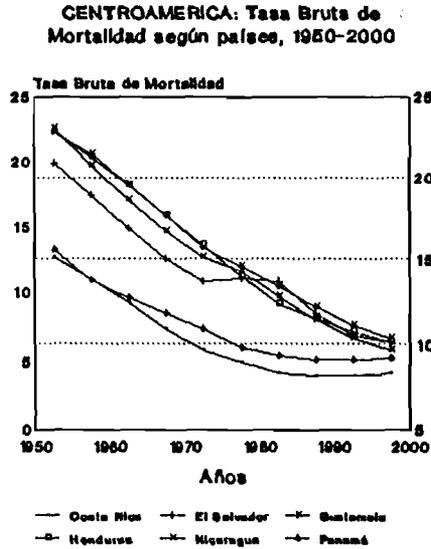
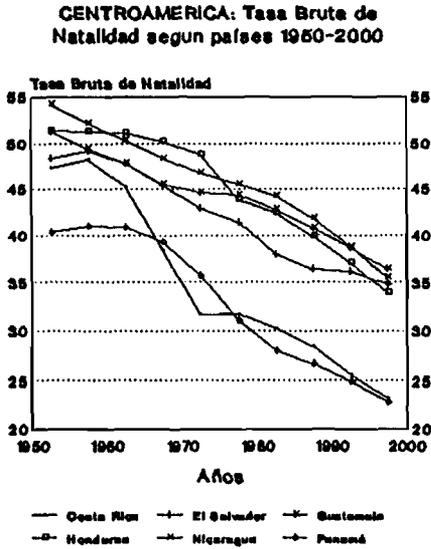
Figura 2
**CENTROAMERICA: TASA DE NATALIDAD
 MORTALIDAD Y MIGRACION 1950-2000**



FUENTE: CUADRO 5

Figura 3

**CENTROAMERICA: EVOLUCION DE LA NATALIDAD, MORTALIDAD
MIGRACION Y CRECIMIENTO SEGUN PAISES, 1950-2000**

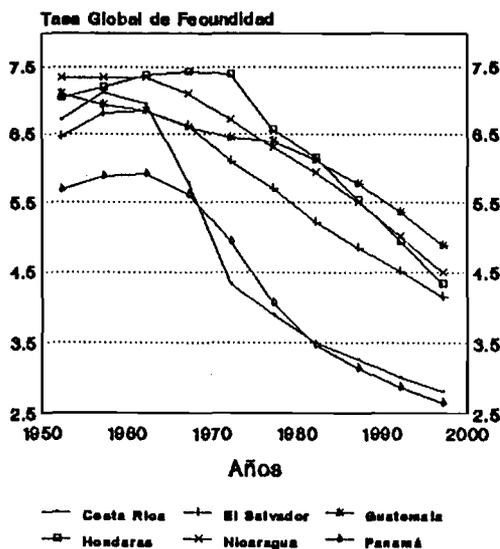


FUENTE: CUADRO 5

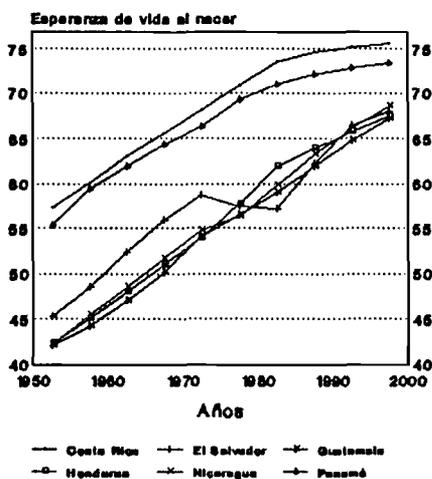
Figura 4

CENTROAMERICA: EVOLUCION DE LA FECUNDIDAD, ESPERANZA DE VIDA Y MORTALIDAD INFANTIL SEGUN PAISES 1950-2000

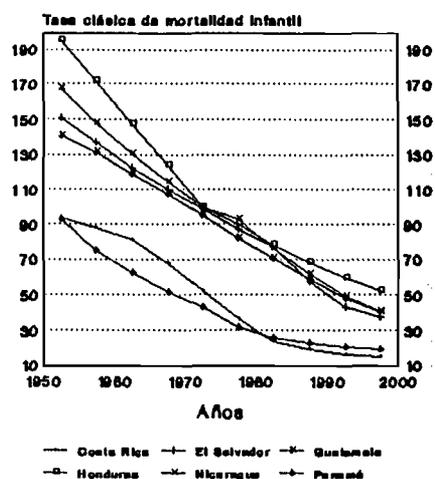
CENTROAMERICA: Tasas Globales de Fecundidad según países, 1950-2000



CENTROAMERICA: Esperanza de vida al nacer según países, 1950-2000

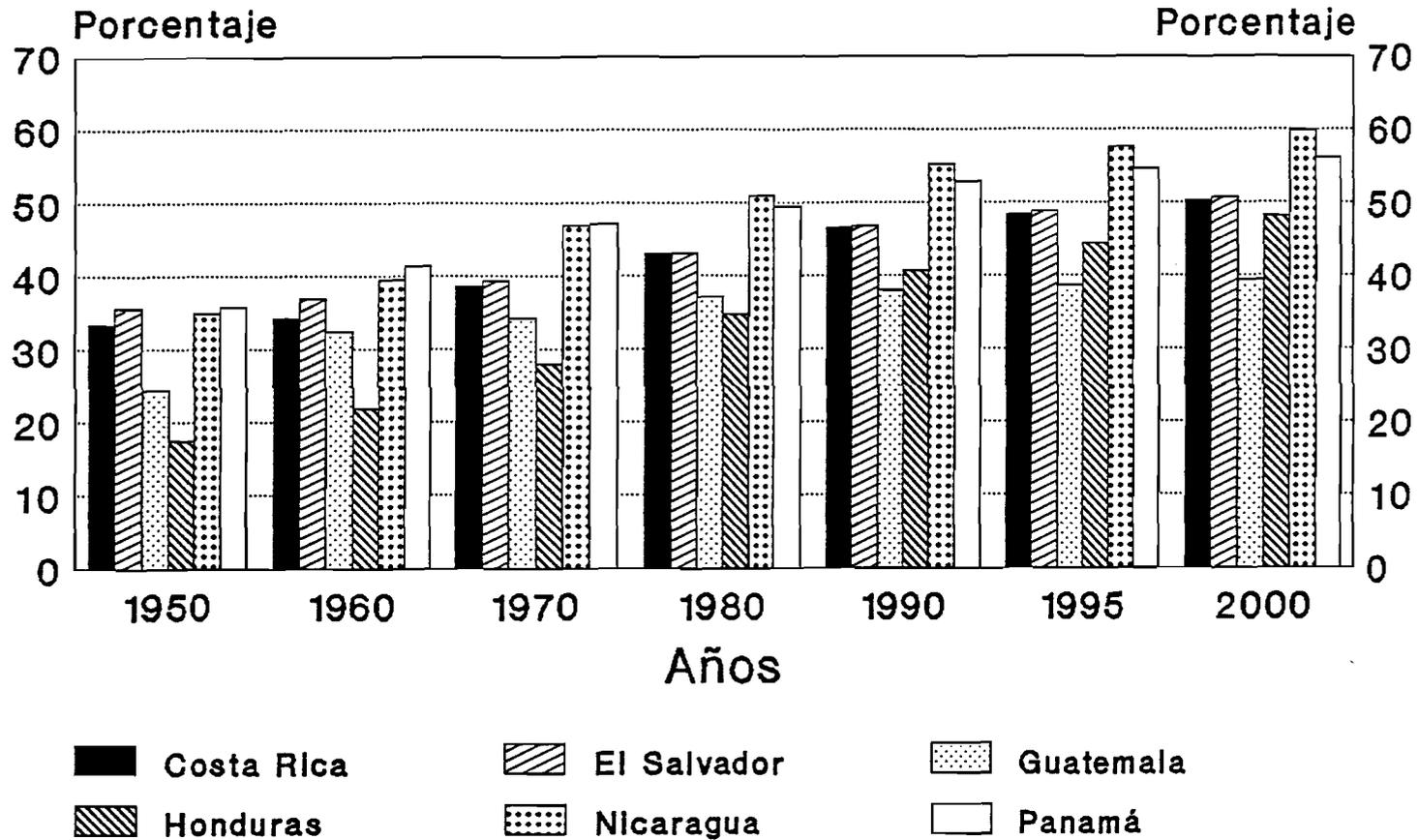


CENTROAMERICA: Mortalidad Infantil según países, 1950-2000



FUENTE: CUADRO 7

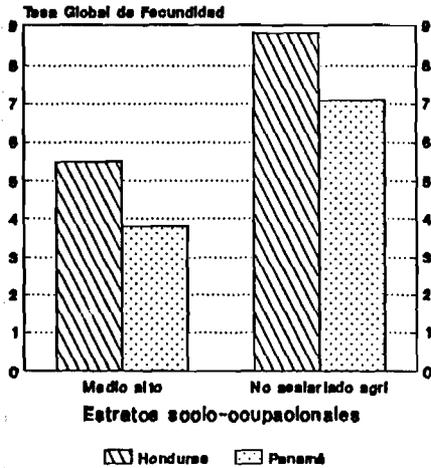
Figura 5
CENTROAMERICA: PORCENTAJE DE POBLACION
NACIONAL EN ZONAS URBANAS SEGUN PAISES



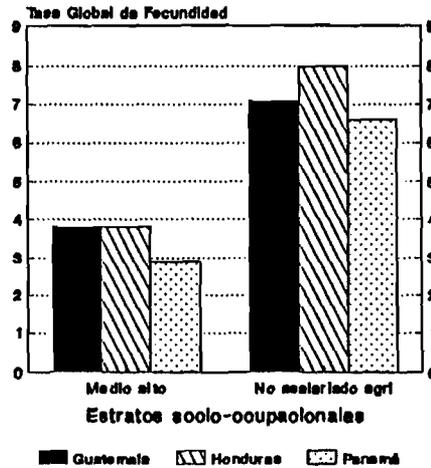
FUENTE: CUADRO 11

Figura 6a
DIFERENCIAS DE LA FECUNDIDAD SEGUN ESTRATO
Y CONTEXTO ESPACIAL

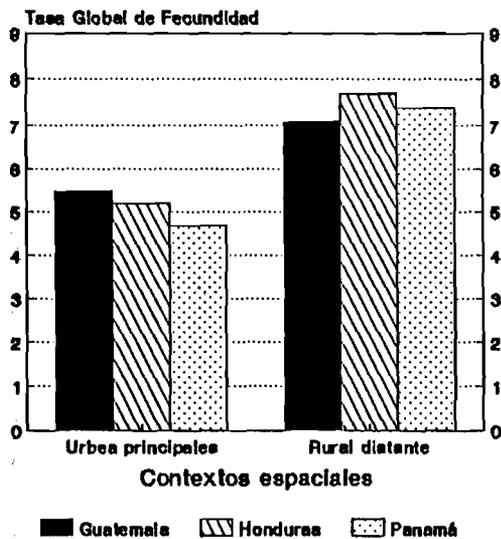
TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD SEGUN
ESTRATOS SOCIO-OCUPACIONALES
SELECCIONADOS, 1960-65



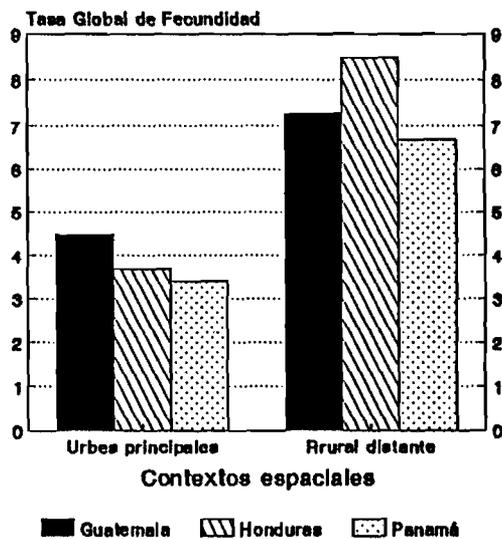
TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD SEGUN
ESTRATOS SOCIO-OCUPACIONALES
SELECCIONADOS, 1975-80



TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD SEGUN
CONTEXTOS ESPACIALES, PAISES
SELECCIONADOS, 1960-65



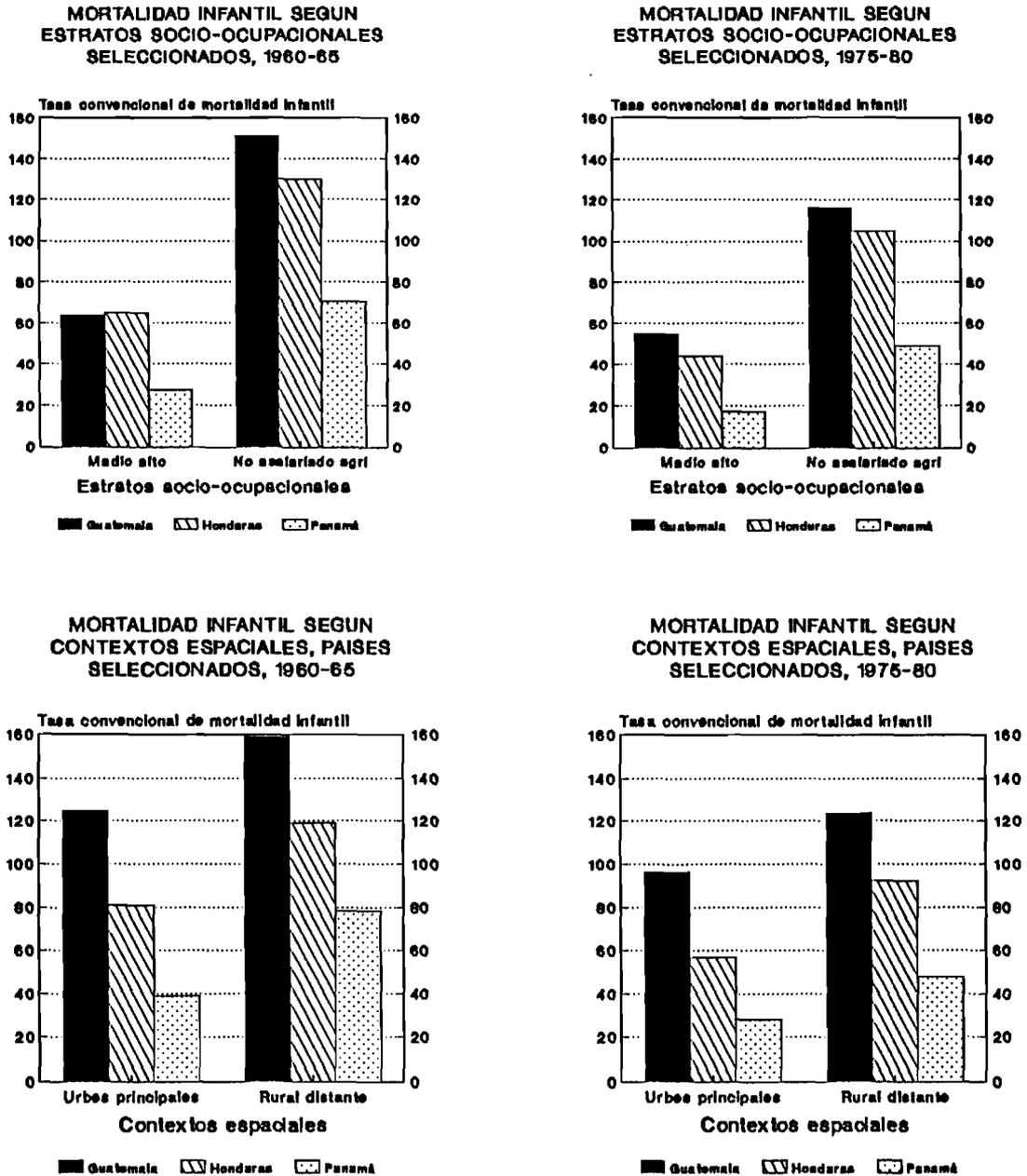
TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD SEGUN
CONTEXTOS ESPACIALES, PAISES
SELECCIONADOS, 1975-80



FUENTE: CUADRO 13

Figura 6b

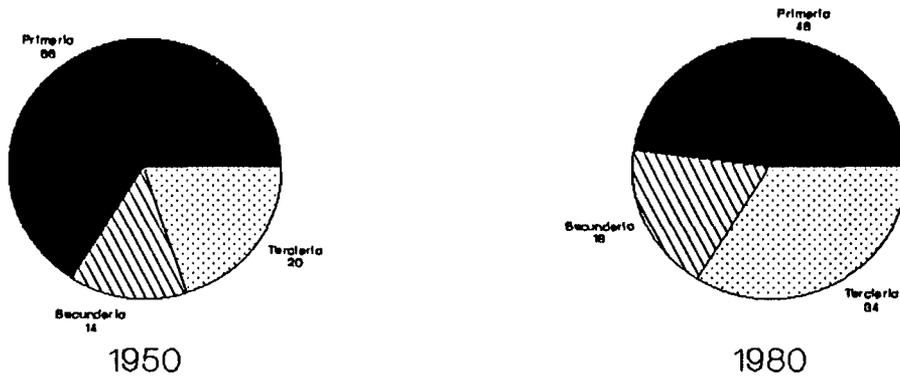
DIFERENCIAS EN LA MORTALIDAD INFANTIL SEGUN ESTRATO SOCIO-OCUPACIONAL Y CONTEXTO ESPACIAL



FUENTE: CUADRO 13

Figura 7

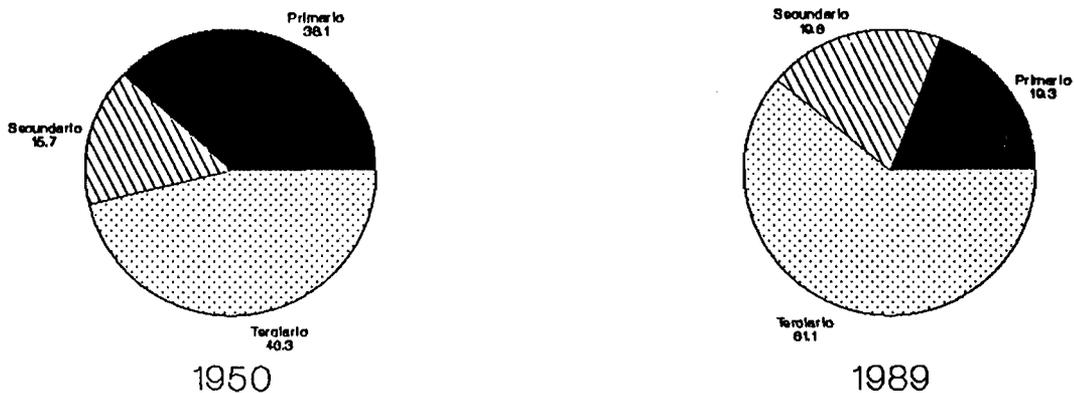
CENTROAMERICA: COMPOSICION PORCENTUAL DE LA PEA
SEGUN SECTOR DE LA ACTIVIDAD ECONOMICA 1950 Y 1980



FUENTE: CUADRO 2

Figura 8

CENTROAMERICA: COMPOSICION PORCENTUAL DEL PIB
SEGUN SECTOR DE LA ACTIVIDAD ECONOMICA, 1950 Y 1989



FUENTE: CUADRO 2

